

ANTIRRHETIKOS

EVAGRIO PONTICO

PRÓLOGO

1. De la naturaleza racional que existe «bajo el cielo» (Ecle 1,13), una parte combate, otra parte acude en ayuda del que combate, y otra parte lucha contra el que combate, desatando y levantando contra él una fuerte batalla. Los que combaten son los hombres; los que lo ayudan, los ángeles de Dios; y los que se le oponen, los demonios malignos. Pero si [en los hombres] disminuye o desaparece el «conocimiento de Dios» (Prov 17,2), [no es] por la gran fortaleza de los enemigos ni por la negligencia de los ayudantes, sino por la laxitud de los que combaten.

2. Nuestro Señor Jesucristo nos ha procurado todo [lo necesario] para nuestra redención y nos ha concedido «pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo» (Lc 10,19). Además, aparte de toda su enseñanza, nos ha donado lo que Él mismo hizo cuando fue tentado por Satanás (ver Mt 4,1-11; Lc 4,1-13), [de modo que], en tiempo de batalla, cuando los demonios combatan contra nosotros y nos lancen sus «dardos» (Ef 6,16), les demos una respuesta tomada de las Escrituras, y así no permanezcan en nosotros los pensamientos impuros, no hagan esclava al alma con un pecado que se realiza en las obras, no la manchen ni la sumerjan en la muerte del pecado. «El que peque, morirá» (Ez 18,4). Cuando no hay en la mente un pensamiento sólido, capaz de responder al mal con una palabra, el pecado se comete fácil y rápidamente.

3. Esto nos lo muestra sabiamente el Eclesiastés, cuando dice: «No proviene prontamente una sentencia opositiva de parte de quienes cometen el mal» (Ecle 8,11). También Salomón dice en sus Proverbios: «No respondas al insensato siguiendo su insensatez, para que no te hagas semejante a él; responde al insensato siguiendo tu sabiduría, para que no se crea sabio» (Prov 26,4-5). El que obra insensatamente y se enoja con su hermano responde al insensato siguiendo su insensatez, y se hace semejante a los demonios, cuya ira es «aliento de áspides incurable» (Dt 32,33). En cambio, el que es paciente y dice: «Desiste de la ira y abandona el enojo» (Sal 36[37],8), responde al insensato de manera opuesta a su insensatez, confuta al demonio en su insensatez y le demuestra que ha tramado algo en contra de la Escritura.

4. Por ello, dado que en la hora de la lucha no hallamos rápidamente en la Escritura las palabras idóneas para confutar a nuestros enemigos, los pérfidos demonios, pues éstas se encuentran desperdigadas y es difícil localizarlas, hemos compilado diligentemente las palabras de las Santas Escrituras para que nos armemos de ellas y procedamos con valor

contra los «filisteos» (Éx 13,17), de pie en la batalla como valientes y vigorosos soldados de Jesucristo, nuestro victorioso rey.

5. Queridos, sabemos que cuanto más resistimos y respondemos a los demonios, tanto más se exasperan contra nosotros. Lo aprendemos de Job, que dice: «Cuando comienzo a hablar, me golpean» (Job 4,4). Y nuevamente de David, que dice: «Yo les hablaba de paz, y ellos guerreaban contra mí sin causa» (Sal 119[120],7). Pero no dejemos que nos perturben, opongámonos tenazmente a ellos con la fuerza de nuestro Redentor, pues si «creemos en Cristo» (Jn 14,1) y «guardamos sus mandatos» (Jn 15,10), cruzaremos el Jordán y llegaremos a la «ciudad de las palmas» (Dt 3,4)²⁴⁷.

6. En esta batalla necesitamos la «armadura» (Ef 6,11.13) espiritual de la recta fe y la doctrina, esto es, ayuno perfecto, obras virtuosas, humildad, una quietud difícilmente o en modo alguno turbada, y «oración incesante» (1Tes 5,17). Me asombraría que hubiese alguien capaz de sostener el combate espiritual y ser coronado con la «corona de la justicia» (2Tim 4,7.8) saciándose de pan y de agua, avivando fácilmente su ira, despreciando y descuidando la oración, o departiendo²⁴⁸ con los herejes. Dice San Pablo: «El que lucha se abstiene de todo» (1Cor 9,25), «muestra una constante mansedumbre con todos los hombres» (Tit 3,2), y «en todo lugar eleva piadosas sus manos, sin ira ni disputa» (1Tim 2,8).

7. Por ello es necesario que emprendamos este combate revestidos de la armadura espiritual y mostremos a los filisteos que «lucharemos hasta la sangre contra el pecado» (Heb 12,4), «derribando los pensamientos malignos y todo baluarte que se alza contra el conocimiento de Dios» (2Cor 10,5) y esforzándonos por poner delante del trono del juicio de Cristo no [solamente] al hombre–monje, sino también al intelecto–monje. Hombre–monje es el que se aleja del pecado en las obras. Intelecto–monje es, en cambio, el que se aleja del pecado suscitado por los pensamientos que hay en nuestro interior, y que en el tiempo de la oración ve la luz de la Santa Trinidad.

8. Pero ya es tiempo de combatir, «con la virtud de nuestro Señor Jesús» (1Cor 5,4), contra el pensamiento del demonio de la gula y, luego, contra los pensamientos de los otros siete demonios que he enumerado al inicio de este libro monástico, luchando por «abrir mi boca» (Sal 118[119],131; ver Ef 6,19) y por hablarle a Dios, a sus santos ángeles y a mi alma probada. Mostraré abiertamente toda la lucha de la vida monástica, que el Espíritu Santo enseñó a David en los Salmos, y que nos ha sido transmitida por nuestros bienaventurados Padres.

9. Toda la lucha a la que me refiero a lo largo de este libro será contra los pensamientos que nos dirige cada uno de los ocho demonios. Junto a cada pensamiento he colocado una réplica de la Sagrada Escritura capaz de aniquilarlo.

DISCURSO I: CONTRA LOS PENSAMIENTOS DE GULA

Del libro del Génesis

1. Contra²⁴⁹ los pensamientos que pretenden cultivar la tierra del espíritu descuidando el trabajo del ayuno.

«Isacar deseó el bien reposando en medio de los lotes; al ver que el descanso era bueno y que la tierra era fértil, arrimó su hombro al trabajo y se hizo un hombre labrador» (Gén 49,14–15).

Del libro del Éxodo

2. Contra el pensamiento que me dice: «No te atormentes con tanto ayuno; no te será útil y no purificará tu intelecto».

«Beseleel hizo la pila de bronce y su pedestal de bronce con los espejos de las mujeres que ayunaron junto a la puerta de la tienda del testimonio» (Éx 38,26[8])²⁵⁰.

Del libro de los Números

3. Contra los pensamientos que nos suscitan el deseo de comer carne en día festivo y nos sugieren comer nuevamente por la debilidad del cuerpo.

«Y al pueblo le dirás: Purificaos para mañana y comeréis carne. No comeréis carne un día, ni dos, ni cinco, ni diez, ni veinte días. Un mes entero estaréis comiendo, hasta que os salga por las narices y se convierta para vosotros en objeto de náusea, porque habéis desobedecido al Señor que está entre vosotros» (Núm 11,18a.19–20).

Del libro del Deuteronomio

4. Contra el pensamiento que nos induce a saciarnos con comida y bebida, olvidando el daño que causa la saciedad del vientre.

«Cuando comas y estés saciado, cuídate de no olvidar al Señor, tu Dios, el que te sacó de Egipto, de la casa de la esclavitud» (Dt 6,11b–12).

5. Contra el pensamiento que nos dice que es difícil el mandato del ayuno.

«Este mandato que yo os doy hoy no es desmesurado ni está lejos de ti» (Dt 30,11).

6. Contra el pensamiento que desea que nos saciemos de comida y bebida, pensando que no hay en ello nada de malo para el alma.

«Comió Jacob y se sació y respingó el amado, engordó, se robusteció, se ensanchó y abandonó a Dios, al que lo hizo, y se apartó de Dios, su salvador» (Dt 32,15).

Del libro de Samuel

7. Contra el pensamiento de gula que me exige comer a la hora sexta²⁵¹.

«¡Esto me haga Dios y esto me añada si pruebo pan u otra cosa antes de que se ponga el sol!» (2Sam 3,35).

Del libro de los Reyes

8. Contra el pensamiento que me hace preocuparme por la falta de pan, aceite y demás bienes que necesitamos.

«Esto dice el Señor: “El cántaro de la harina no se vaciará y la ampolla del aceite no disminuirá hasta el día en que el Señor haga llover sobre la faz de la tierra”» (1Re 17,14).

9. Contra el alma que desea recorrer el camino de los santos saciada de pan y agua.

«Dijo el rey de Israel: “Coged a Miqueas y llevadlo ante Amón, el rey de la ciudad, y ante Joás, hijo del rey. Ponedlo en la prisión, y dadle de comer pan de tribulación y agua de tribulación, hasta que yo vuelva en paz”» (1Re 22,26–27)²⁵².

10. Contra el pensamiento que nos dice que las provisiones no alcanzarán para nosotros y para los hermanos que vienen.

«Esto dice el Señor: “Comerán y sobrá”. Y comieron y sobró, según la palabra del Señor» (2Re 4,43–44).

De David

11. Contra el pensamiento que me aflige por vivir en amarga pobreza.

«El Señor es mi pastor y nada me faltará» (Sal 22[23],1).

12. Contra el pensamiento que, sin que haya escasez, hace acumular más pan con el pretexto de la caridad hacia los huéspedes.

«Joven fui, y ahora soy viejo, y no he visto al justo abandonado ni a su linaje mendigar pan» (Sal 36[37],25).

13. Contra el pensamiento que se preocupa por la comida y el vestido y descuida el verdadero afán.

«Te confesaré mis faltas y me purificaré de mis pecados» (Sal 37[38],19).

14. Contra los pensamientos que nos aconsejan y dicen: «No te entregues a una vida tan dura, no atormentes tu débil cuerpo con ayuno y trabajo incesantes».

«Trabajaré por siempre y vivirá hasta el fin; verá a sabios morir y no verá la perdición» (Sal 48[49],10).

15. Contra el pensamiento que me dice: «No atormentes ni rebajes tan despiadadamente tu vida con la vigilia nocturna».

«Un corazón contrito y humillado, Dios no lo despreciará» (Sal 50[51],19).

16. Contra el pensamiento que se preocupa por la comida y la bebida y se inquieta por conseguirlos.

«Arroja sobre el Señor tu afán y Él te nutrirá» (Sal 54[55],23).

17. Contra el pensamiento que me sugiere: «La vigilia nocturna no te sirve de nada; más bien te atrae muchos pensamientos».

«He velado y me he vuelto como un gorrión solitario en el tejado» (Sal 101[102],8).

18. Contra el pensamiento que nos reprocha el que nos abstengamos de aceite y no recuerda que David hacía lo mismo y decía:

«Mis rodillas se han debilitado por el ayuno; y mi carne ha cambiado sin el aceite» (Sal 108[109],24).

19. Contra los pensamientos que nos alejan de nuestro modo de vida, atemorizándonos y diciéndonos que un ayuno tan riguroso nos provocará una muerte tremenda.

«No moriré, sino viviré y narraré las obras del Señor» (Sal 117[118],17).

20. Contra los pensamientos que me sugieren que disminuya la práctica prolongada de la vigilia nocturna y que dé un poco de descanso a mi pobre y debilitado cuerpo.

«¡No entraré bajo el techo de mi casa, ni me tenderé en mi lecho, ni daré sueño a mis ojos o reposo a mis párpados, hasta que encuentre un lugar para el Señor, una morada para el Dios de Jacob!» (Sal 131[132],3–5).

De los Proverbios de Salomón

21. Contra el pensamiento que nos presagia que en breve pasaremos hambre o gran tribulación.

«El Señor no hará pasar hambre a sus siervos; mas la vida de los impíos trastornará» (Prov 10,3).

22. Contra el pensamiento que me despierta el deseo del vino como si proviniese del hígado y el bazo debilitados por el agua²⁵³.

«Quien se deleita y entretiene con el vino dejará deshonra en sus fortalezas» (Prov 12,11a).

23. Contra el pensamiento que aprisionado por el ansia de comida pierde el interés por las obras virtuosas.

«En mucho trabajo hay abundancia; el satisfecho e indolente en indigencia estará» (Prov 14,23).

24. Contra el pensamiento que llora por el poco alimento y por el pan seco.

«Mejor un mendrugo seco, en paz, que casa llena de ofrendas, con altercado» (Prov 17,1).

25. Contra los pensamientos que en los días de fiesta nos sugieren que seamos un poco más indulgentes con nuestros cuerpos y que les concedamos un pequeño placer.

«No convienen al insensato placeres, ni al siervo empezar con oprobio a señorear» (Prov 19,10).

26. Contra el pensamiento que sin que tengamos grave enfermedad nos incita a beber vino y nos presagia dolor de estómago y de todas las vísceras.

«Desenfrenado es el vino, y disoluta la ebriedad; insensato el que en ellos se enreda» (Prov 20,1).

27. Contra el pensamiento que fuerza a nuestro intelecto a asumir con un juramento el ayuno y nuestro modo de vida —uso que es ajeno a la costumbre monástica²⁵⁴—.

«Lazo es para el varón consagrar de pronto algo de lo propio, porque después de hacer el voto sobreviene el arrepentirse» (Prov 20,25).

28. Contra el pensamiento que nos importuna con la preocupación de no dar de nuestro pan al indigente, y que nos dice que mientras él lo puede encontrar en cualquier lugar, nosotros no podemos acudir a otras puertas.

«Quien se apiada del pobre será saciado, pues ha dado de su propio pan al pobre» (Prov 22,9).

29. Contra los pensamientos que en día de fiesta nos sugieren discretamente que por una vez, después de tanto tiempo, gustemos la carne y el vino.

«No seas bebedor de vino, ni participes en festines de carnes, pues el borracho y disoluto mendigará, y el perezoso vestirá harapos» (Prov 23,20–21).

30. Contra el pensamiento que nos recuerda los placeres de otrora y que nos evoca los vinos dulces y las copas en nuestras manos, cuando banqueteábamos y bebíamos.

«No prestes ojos al vino, cómo resplandece en la copa. Camina con rectitud, porque al final es como serpiente que muerde y víbora que envenena» (Prov 23,31–32).

31. Contra los pensamientos que nos incitan a hartarnos el vientre de pan y agua.

«No conduzcas a impío a pasto de justos; ni te engañes con hartura de vientre» (Prov 24,15).

32. Contra la vergüenza que sentimos cuando los días de fiesta nuestros Padres nos sugieren que rompamos el ayuno y comamos un poco de legumbres²⁵⁵.

«Hay vergüenza que acarrea pecado, y vergüenza que es gloria y regocijo» (Eclo 4,21).

33. Contra el demonio que me seduce con adulaciones y que me dice jurando: «En adelante ya no te abstendrás de comida y bebida, porque tu cuerpo está demasiado débil y descompuesto por el constante ayuno».

«El demonio complace con los labios, pero trama el mal en su corazón» (Prov 26,24).

34. Contra el pensamiento que me presenta cuán duros son los mandamientos del Señor y que me dice que éstos traerán muchas aflicciones y miserias a mi cuerpo y alma.

«Más confiables son heridas de amigo que espontáneos besos de enemigo» (Prov 27,6).

Del Eclesiastés

35. Contra el pensamiento que, sin estar yo enfermo, me hace desear un poco de vino y me dice que el vino fue creado para los hombres.

«Todo lo que ha hecho es bello a su tiempo» (Ecle 3,11).

36. Contra el pensamiento que me hace memoria de los placeres de otro tiempo y de los banquetes, y que me mueve a desear ese estilo de vida.

«Mejor ir a casa de llanto que entrar a casa de bebida» (Ecle 7,2).

37. Contra el pensamiento vano que nos sugiere recargar nuestra disciplina de vida más de lo debido —como por ejemplo ceñirnos un sayal al lomo²⁵⁶, adentrarnos en el desierto y

permanecer bajo el cielo abierto— y nos aconseja huir también de la presencia de hombres con quienes comunicarnos.

«No seas muy escrupuloso ni caviles demasiado, no vayas a desvariar» (Ecle 7,16).

De Job

38. Contra los pensamientos que nos recuerdan los placeres del pasado y nos señalan las aflicciones del presente.

«Si lo bueno lo hemos recibido de mano del Señor, ¿lo malo no soportaremos?» (Job 2,10).

De Miqueas

39. Contra el pensamiento del que visita a sus familiares y encuentra la mesa colmada de todo tipo de alimentos.

«Levántate y vete, que este reposo no es para ti» (Miq 2,10).

De Habacuc

40. Contra el pensamiento de gula que en los días de fiesta nos muestra a muchos banqueteando, alegrándose y divirtiéndose.

«En el Señor me alborozaré; gozaré en Dios, mi Salvador» (Hab 3,18).

De Isaías

41. Contra los pensamientos que nos recuerdan los placeres y las mesas colmadas de bienes y que los ensalzan por sobre la disciplina monástica.

«¡Ay de los que llaman hermoso a lo malo, y malo a lo hermoso; los que tornan las tinieblas en luz, y la luz en tinieblas; los que tornan amargo lo dulce, y dulce lo amargo!» (Is 5,20).

42. Contra el pensamiento de quien se siente cansado y lento por el poco pan y agua.

«Os dará el Señor pan de tribulación y agua estrecha; pero ya no se acercarán a ti los que te extravían; pues tus ojos verán a los que te extravían; y tus orejas oirán las palabras de los que, detrás de ti, te extraviaban» (Is 30,20–21).

De Jeremías

43. Al Señor, cuando la debilidad de mi cuerpo se ha consumido de tanto ayuno y languidece por la austera disciplina.

«Señor, acuérdate de mí, visítame y ampárame de los que me persiguen. No demores; sabe que por Ti he recibido oprobio de los que reprueban tus palabras» (Jer 15,15).

De las Lamentaciones

44. Al Señor, cuando el demonio deseca el estómago y todas las articulaciones del cuerpo y provoca en nuestro cuerpo un gran malestar, como de hambre o enfermedad prolongada.

«Ve, Señor, que se me atribula: mi vientre se ha conturbado, y el corazón se me retuerce» (Lam 1,20).

De Daniel

45. Para el alma a la que no le basta con comer pan y beber agua y que quisiera comer también legumbres, sin recordar la prueba en la que Daniel y sus compañeros comieron verduras.

«Y dijo Daniel a Malasar, a quien el arquiteunuco había puesto a cargo de Daniel, Ananías, Misael y Azarías: “Prueba a tus siervos por diez días; que se nos dé de comer legumbres y de beber agua. Y si nuestros rostros aparecen macilentos comparados con los jovencillos que comen de la comida del rey, haz con tus siervos según quisieres”. Y los trató de este modo y los probó diez días. Y, al fin de los diez días, sus rostros parecieron hermosos y el estado de sus cuerpos mejor que los jovencillos que comían de la comida del rey. Y Malasar fue quitándoles manjares y el vino de su bebida; y les daba legumbres» (Dan 1,11–16).

Del Evangelio de Mateo

46. Para el alma que desea encontrar un arma poderosa en el momento de la lucha.

«Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al último tuvo hambre» (Mt 4,1–2).

47. Contra los pensamientos que se preocupan por la comida o por el vestido con la excusa de la hospitalidad o de las incesantes enfermedades y miserias del cuerpo.

«No os preocupéis de vuestra vida, qué habréis de comer o de beber, ni de vuestro cuerpo, qué os vestiréis. ¿Acaso la vida no es más que la comida y el cuerpo más que el vestido?» (Mt 6,25).

48. Contra el alma que está aprisionada por la gula y cree recorrer el camino de la vida satisfaciendo el cuerpo y [persiguiendo] los placeres.

«¡Estrecha la puerta y angosto el camino que conduce a la vida, y pocos son los que lo encuentran!» (Mt 7,14).

Del Evangelio de Lucas

49. Contra el pensamiento que no nos deja compartir nuestra comida y vestido con los necesitados, porque los recursos no alcanzan para nosotros y para ellos; y [nos sugiere] que seguramente habrá después otro más débil y necesitado a quien nos conviene dar en vez de a éste, que es un perezoso y quiere comer y vestirse sin trabajar.

«El que tiene dos túnicas, participe al que no tiene; y el que tiene alimentos, haga así también» (Lc 3,11).

De los Hechos

50. Para el alma que gusta de los antojos y acumula comida y vestido para ella sola.

«Todos los creyentes estaban unidos y tenían todo en común; y vendían y repartían sus bienes y posesiones entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hch 2,44–45).

51. Para el alma agobiada en la tribulación por la abstinencia de pan y agua.

«Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios» (Hch 14,22).

Apóstol. De la Carta a los Romanos

52. Contra los pensamientos que nos sugieren preocuparnos un poco de nuestro cuerpo recurriendo a comida y bebida.

«No os preocupéis de la carne con sus concupiscencias» (Rom 13,14).

53. Contra los pensamientos que nos sugieren que nos reanimemos con el anzuelo de algunas verduras.

«El enfermo, verduras come» (Rom 14,2).

De la Primera Carta a los Corintios

54. Contra el pensamiento que en el tiempo de la cosecha nos despierta el deseo de alimentos frescos.

«El que lucha se abstiene de todo para recibir una corona corruptible; nosotros, en cambio, una incorruptible» (1Cor 9,25).

De la Segunda Carta a los Corintios

55. Contra los pensamientos que nos sobrevienen por la gran necesidad y que van minando poco a poco la fortaleza del alma.

«Siendo en todo atribulados, pero no angustiados; vacilando, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; postrados, pero no aniquilados; llevando siempre a doquier la mortificación de Jesús en el cuerpo, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues los que vivimos somos siempre entregados a la muerte por causa de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2Cor 4,8–11).

56. Contra el pensamiento que describe ante nuestros ojos dolores de estómago, de hígado, de riñones e hinchazón del vientre.

«Por ello no desmayamos, sino que, aunque nuestro hombre exterior se corrompe, el interior es renovado día a día» (2Cor 4,16).

57. Contra los pensamientos que nos sobrevienen conforme nuestro cuerpo se va deteriorando.

«Sabemos que si esta tienda de nuestra casa terrena se deshace, tenemos de Dios una edificación, casa no hecha de manos, eterna en los cielos» (2Cor 5,1).

58. Contra el pensamiento que [primero] nos suscita la compasión y nos persuade a dar a los pobres, y que luego nos entristece y atormenta por lo que hemos dado.

«No con tristeza o por necesidad. Pues Dios ama al que da con alegría. Al varón alegre y dadivoso Dios lo bendice» (2Cor 9,7; ver Prov 22,8a).

59. Contra el pensamiento que nos figura que el ayuno nos provocará una enfermedad feroz, y que nos sugiere que comamos un poco de algo cocido.

«Cuando flaqueo, entonces soy fuerte» (2Cor 12,10).

De la Carta a los Efesios

60. Contra el pensamiento que ansía la abundancia de vino en día de fiesta.

«No os embriaguéis con vino, que porta la lujuria; sino llenaos del Espíritu. Hablaos en salmos, himnos y cánticos espirituales; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor» (Ef 5,18–19).

De la Carta a los Filipenses

61. Contra los pensamientos que inducen al alma a no procurarse el alimento con el trabajo de sus manos y que tampoco acepte nada de los parientes —porque son muy pobres y viven lejos—, y que después le sugieren que otros suplirán sus necesidades.

«El Señor está cerca. Nada os inquiete; sino en todo, por la oración y la plegaria, con agradecimiento, manifestad ante Dios vuestras peticiones» (Flp 4,5–6).

62. Contra el pensamiento que me presagia hambre y falta de pan, y me suscita una gran ansiedad por la vergüenza de tener que depender de la caridad de los demás.

«En todo estoy iniciado: en la saciedad y en el hambre, en la abundancia y en la necesidad. Todo lo puedo en el que me conforta» (Flp 4,12–13).

De la Primera Carta a los Tesalonicenses

63. Contra el pensamiento que nos prohíbe trabajar con nuestras manos y que nos sugiere que esperemos recibir de los demás lo que necesitamos.

«Os exhortamos, hermanos, a abundar más y a rivalizar en sosegaros y hacer las cosas propias y trabajar con vuestras manos; según os hemos preceptuado, a fin de que caminéis noblemente ante los de fuera y de nada tengáis necesidad» (1Tes 4,10–12).

De la Segunda Carta a los Tesalonicenses

64. Contra el razonamiento que nos prohíbe trabajar con nuestras manos y nos exige comer pan hasta la saciedad.

«Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma» (2Tes 3,10).

De la Carta a los Hebreos

65. Contra el pensamiento que dice: «La vida monástica es dura y muy pesada, demasiado desgastante para nuestro cuerpo y sin ventaja alguna para el alma».

«Ninguna corrección es al momento agradable, sino penosa; pero al final da fruto pacífico de justicia a los ejercitados por ella» (Heb 12,11).

66. Contra el razonamiento que fija la atención en la comida y se olvida de la limosna a los pobres.

«No os olvidéis de la beneficencia y la comunión, pues con esos sacrificios se complace a Dios» (Heb 13,16).

De la Primera Carta a Timoteo

67. Contra el pensamiento que, sin que tengamos dolor de estómago o grave enfermedad, nos aconseja beber vino, recordándonos el mandamiento del bienaventurado Apóstol, que en su Carta a Timoteo lo exhorta a eso:

«Consérvate casto. Ya no bebas agua, sino toma un poco de vino por tu estómago y tus frecuentes enfermedades» (1Tim 5,22–23).

De la Carta de Santiago

68. Contra los pensamientos que nos dirigen nuevamente hacia el mundo y sus mandamientos.

«¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemiga de Dios? Quien quiere ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios» (Stgo 4,4).

De la Primera Carta de Juan

69. Contra el pensamiento que considera opresivo el precepto del ayuno.

«Sus mandamientos no son pesados, porque todo lo nacido de Dios vence al mundo. Y ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe» (1Jn 5,3–4).

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que nos ha concedido la victoria sobre los pensamientos del demonio de la gula!

DISCURSO II: CONTRA LOS PENSAMIENTOS DE LA FORNICACIÓN

Del Éxodo 1.

Contra el pensamiento que presenta en mi mente la imagen de una mujer unida a un hombre.

«No desearás la mujer de tu prójimo» (Éx 20,17).

2. Contra el pensamiento de tristeza que surge en nosotros por las muchas tentaciones de fornicación que nos asaltan, y que mina nuestra esperanza diciéndonos: «¿Qué puedes esperar de bueno después de toda esta fatiga?».

«Si escucharas con atención mi voz e hicieras todo cuanto te he dicho, seré enemigo de tus enemigos y me opondré a quienes se opongan a ti. Marchará, pues, mi ángel guiándote, y te llevará donde el amorreo y khetteo y ferezeo y khananeo y gergeseo y heueo y ieboseo, y yo los aniquilaré» (Éx 23,22–23).

3. Contra el razonamiento que cree que después de [apenas] una hora se verá libre de los pensamientos malignos de fornicación.

«No los echaré en un solo año, para que no quede la tierra desierta y se multipliquen contra ti las bestias salvajes de la tierra. Poco a poco los echaré lejos de ti, hasta que te hayas multiplicado y hayas heredado la tierra» (Éx 23,29–30).

4. Contra el pensamiento de fornicación que dice: «El joven no es capaz de contenerse de los deseos de fornicación y de elevar pensamientos puros al Señor».

«Todo el que pasa por el censo, de veinte años para arriba, dará la ofrenda al Señor» (Éx 30,14).

5. Contra el pensamiento de fornicación que dice: «No es culpable ni reprehensible el joven que cede a la fornicación o que consiente alegremente pensamientos impuros».

«Y el Señor dijo a Moisés: “Si alguno ha pecado ante mí, lo borraré de mi libro”» (Éx 32,33).

Del Deuteronomio

6. Contra el razonamiento de quien no se esfuerza en proteger su alma de la fornicación que lo inflama y dice y hace cosas inicuas con la mujer que representa ante sus ojos.

«Escucha, Israel, y cuida de que se cumplan [todos los mandamientos], para que te vaya bien y para que os multipliquéis mucho, según lo que dijo el Señor, Dios de tus padres: que te daría la tierra que mana leche y miel» (Dt 6,3).

7. Contra el pensamiento que con un deseo impuro induce a acercarse al demonio de la fornicación.

«Al Señor, tu Dios, temerás, a Él servirás y a Él te mantendrás unido, y en su nombre jurarás» (Dt 6,13).

8. Para el alma que, atribulada día y noche por pensamientos de fornicación, abandona la esperanza de derrotarlos.

«Si dices en tu pensamiento: “Esta nación es más numerosa que yo, ¿cómo podré exterminarla?”. No le temas. En el recuerdo tendrás cuanto hizo el Señor, tu Dios, a Faraón y a todos los egipcios» (Dt 7,17–18).

9. Contra el razonamiento del alma atormentada por pensamientos de fornicación que [primero] le presentan con variadas imágenes la pasión maligna de la fornicación, luego acumulan pensamientos impuros, y [finalmente] regresan y fijan [la atención] en uno de estos pensamientos esclavizantes, y lo dejan para que habite en el alma desdichada.

«Hoy sabrás que el Señor, tu Dios, es éste, el que va en cabeza, delante de ti. Es fuego devorador. Él los exterminará, Él los pondrá en fuga ante ti y los aniquilarás rápidamente, como te dijo el Señor» (Dt 9,3).

10. Contra los pensamientos que consienten un poco de alimento apenas el espíritu de fornicación, burlándose de ellos, les concede una pequeña pausa, y creen haber alcanzado así la cumbre del dominio de sí mismos.

«No haréis todo lo que nosotros hacemos aquí hoy, cada uno lo que le parece bien, pues hasta ahora no habéis llegado al reposo ni a la herencia que el Señor, vuestro Dios, os da» (Dt 12,8–9).

11. Para el alma que titubea y tiembla a causa del demonio que excita sus miembros — quien ha sido tentado por este demonio comprende lo que aquí se dice—.

«Te servirá de escudo tu defensor, y la espada, su jactancia. Y te engañarán tus enemigos, y tú sobre sus cuellos pasarás» (Dt 33,29).

De los Jueces

12. Para el alma que cae de la tristeza a la acedia y que ya no es capaz de resistir a los pensamientos impuros que contaminan su oración.

«Levántate, que éste es el día en que el Señor ha entregado a Sisara en tu mano; el Señor irá delante de ti» (Jue 4,14).

13. Contra el razonamiento que es provocado por pensamientos de fornicación y de ninguna manera quiere arrojarlos de sí, y no toma en consideración la cadena del pecado y la estrategia de los malignos.

«Dijo Dalila: “¡Filisteos sobre ti, Sansón!”. Y despertó de su sueño y dijo: “Saldré como otras veces y me sacudiré”. Y no sabía que el Señor se había retirado de sobre él. Y los filisteos se apoderaron de él, le sacaron los ojos y lo bajaron a Gaza, y lo aherrojaron con grillos de bronce; y estaba moliendo en la cárcel» (Jue 16,20–21).

Del primer libro de Samuel

14. Al ángel del Señor que de pronto aparece en mi intelecto, enfría el pensamiento de fornicación y expulsa a los pensamientos que lo rodean.

«Mi corazón se ha confirmado en el Señor; mi cuerno se ha exaltado en mi Dios; mi boca se ha dilatado sobre mis enemigos; me he regocijado por tu salvación» (1Sam 2,1).

15. Contra el demonio abominable de la fornicación que de noche se me aparece obscenamente con rostro de mujer, sin que me sea posible resistir a sus deseos impuros.

«El arco de los poderosos desfalleció, pero los débiles se ciñeron con fuerza. Los hartos de pan enflaquecieron y los hambrientos tuvieron de sobra» (1Sam 2,4–5).

16. Para el alma que no quiere huir del deseo impuro y permanece [enredada] en el pensamiento de Naas el amonita, que significa serpiente.

«Dijeron todos los varones de Jabés a Naas el amonita: “Haz un pacto con nosotros y te serviremos”. Y les dijo Naas el amonita: “Haré este pacto con vosotros: sacaré todos vuestros ojos derechos y pondré oprobio sobre todo Israel”» (1Sam 11,1–2).

Del primer libro de los Reyes

17. Contra el demonio de la fornicación que por medio de sus pensamientos busca extraviar y corromper mi templanza.

«Líbreme Dios de darte la heredad de mis padres» (1Re 20[21],3).

Del segundo libro de las Crónicas

18. Para el alma que cree que el demonio de la fornicación la tienta por encima de sus fuerzas.

«Entonces el país empezó a pagar tributos según lo ordenado por el faraón; y a cada uno según sus recursos se le pidió plata y oro para el faraón Neco» (2Cró 36,4a; ver 2Re 23,35).

De Esdras

19. Al Señor, cuando de noche los pensamientos de fornicación nos muestran visiones abominables.

«Señor, estoy avergonzado y confundido para levantar mi rostro a Ti, Dios mío. Porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestras cabezas, y nuestros delitos han crecido hasta el cielo. Desde los días de nuestros padres hasta hoy estamos en gran delito» (Esd 9,6).

20. Para el alma que ha alcanzado el señorío de sí y la pureza luego de duras batallas contra los pensamientos de fornicación.

«La tierra que vais a heredar es tierra perversa, por la perversión de los pueblos gentiles, por los extravíos con que los llenaron, de cabo a cabo, por sus inmundicias» (Esd 9,11)²⁵⁷.

Del profeta David

21. Al Señor, cuando multitud de pensamientos impuros nos inflaman y atormentan, distrayendo a la mente con [imágenes de] diversos rostros.

«Señor, ¿por qué se han multiplicado los que me atribulan? Muchos se levantan contra mí. Muchos dicen a mi alma: “No hay salvación para él en su Dios”. Pero Tú, Señor, eres mi refugio, gloria mía, el que exaltas mi cabeza» (Sal 3,2–4).

22. Para el alma que no sabe que la fuerza de la ira es contraria al pensamiento de la fornicación, porque está constituida de fuego, mientras que los pensamientos impuros provienen del agua.

«Airaos, y no pequéis; meditad en vuestros corazones y compungíos en vuestros lechos» (Sal 4,5).

23. Contra los pensamientos impuros que permanecen en nosotros, a menudo imprimen con fuerza en nosotros imágenes indecentes y mediante las pasiones de la concupiscencia atan nuestras mentes a los miembros indecorosos.

«Apartaos de mí todos los que obráis la iniquidad, porque ha oído el Señor la voz de mi llanto. El Señor ha oído mi súplica. El Señor ha acogido mi oración» (Sal 6,9–10).

24. Al Señor, cuando el demonio de la fornicación no puede vencernos mediante el deseo del cuerpo y presenta a nuestra mente [la imagen de] un monje cometiendo el pecado obscuro de la fornicación.

«Las espadas del enemigo han desfallecido hasta el fin, has arrasado sus ciudades, ha perecido su memoria y el Señor permanece por siempre» (Sal 9,7–8).

25. Al Señor, cuando el demonio impuro de la fornicación se acerca abiertamente a los que se esfuerzan por alejarse de él, haciendo perder la razón de pronto con una locura que revuelve el alma con multitud de violentos pensamientos de fornicación. Cuando somos tentados por este demonio es muy útil ponernos inmediatamente de pie y caminar en nuestra celda hacia delante y hacia atrás con pasos amplios y enérgicos; quien pueda comprender, que comprenda.

«Mira, óyeme, Señor, Dios mío: Ilumina mis ojos, no sea que me duerma en la muerte, no sea que diga mi enemigo: “He prevalecido contra él”» (Sal 12[13],4–5).

26. Para el alma convencida de que los pensamientos de la fornicación son más fuertes que los mandamientos del Señor que nos fueron dados para neutralizar esa pasión.

«Como polvo al viento los desmenuzaré, como el lodo de las calles los emparejaré» (Sal 17[18],43).

27. Al Señor, cuando el demonio de la fornicación se lanza de pronto sobre el cuerpo e insinúa pensamientos impuros al intelecto, pero no puede vencerlo.

«Has convertido mi llanto en gozo, has desgarrado mi saco y me has ceñido de alegría para que te cante mi gloria y no sea yo afligido, no» (Sal 29[30],12–13).

28. Contra el pensamiento que me dice: «El demonio de la fornicación te hará pasar vergüenza si te levantas contra él».

«Ruborícense y confúndanse los que persiguen a mi alma. Retrocedan y ruborícense los que tramán el mal contra mí» (Sal 34[35],4).

29. Contra el pensamiento que me amenaza: «Será enviado sobre ti otro demonio de la fornicación, más opresivo, insolente y fuerte que el primero, que fácilmente someterá tu alma al pecado que se realiza en las obras».

«¡Háganse como polvo a la faz del viento, y un ángel del Señor los atribule, hágase su camino tinieblas y resbalamiento, y un ángel del Señor los persiga!» (Sal 34[35],5–6).

30. Para el alma que, en la tribulación producida por los pensamientos de la fornicación, desprecia el hábito de sayal y no recuerda que David lo vistió, para instrucción nuestra, cuando dijo:

«Yo, en cambio, cuando ellos me molestaban, me vestía de sayal y humillaba en ayuno mi alma; y mi oración en mi seno repetía» (Sal 34[35],13).

31. Para el alma que se entristece porque subsisten en ella pensamientos impuros y cree que ya no los podrá vencer porque en su mente se ha fijado una imagen impura que la atormenta sin cesar.

«Un poco más, y el pecador ya no estará, no; buscarás su lugar y no lo hallarás, no» (Sal 36[37],10).

32. Contra el demonio de la fornicación que se presenta bajo la apariencia de una bella mujer desnuda, que provoca con su paso, que mueve su cuerpo de manera impura y que a muchos hace perder la razón y olvidar sus mejores propósitos.

«Por esto Dios te destruirá para siempre; te arrancará de tu tienda, y extirpará tu raíz de la tierra de los vivos» (Sal 51[52],7).

33. Contra el pensamiento que me presagia que perderé la castidad y pasaré vergüenza ante los hombres.

«¡Ruborícense y vuélvanse hacia atrás, todos los que odian a Sión; sean hechos como hierba de techumbre que se seca antes de ser arrancada!» (Sal 128[129],5–6).

De los Proverbios de Salomón

34. Contra el demonio de la fornicación que de noche, mientras duermo, me induce a un acto impuro, y de día regresa con pensamientos de reproche y de burla.

«Yo también me reiré de vuestra perdición; me regocijaré cuando os venga la ruina, cuando de pronto os llegue el tumulto, y se presente la catástrofe, como tormenta, cuando os venga la tribulación y el asedio, cuando os llegue la ruina» (Prov 1,26–27).

35. Contra los pensamientos que nos constriñen a prolongar la conversación con una mujer casada, con el pretexto de que nos viene a visitar con frecuencia y puede recibir de nosotros beneficios espirituales.

«No estés mucho con otra, y no te echés en brazos de la ajena» (Prov 5,20).

36. Contra la mente que se deja impresionar por la imagen de una bella mujer, y que luego quiere hablarle o realizar con ella algo malicioso. Ello no debe suceder de ningún modo, como nos lo enseña el santo Juan, profeta de la Tebaida²⁵⁸.

«Que no te venza la concupiscencia de la hermosura; que no te cautiven sus ojos, que no te arrebaten sus párpados. Pues el precio de la ramera es el mismo que el de un pan» (Prov 6,25–26).

37. Contra el pensamiento que me sugiere: «No nos hace daño mirar a una prostituta».

«¿Atará alguien fuego en el seno sin quemarse los vestidos? ¿O caminará alguien sobre carbones de fuego sin quemarse los pies? Así el que se allega a mujer ajena, no quedará impune, tampoco el que la tocare» (Prov 6,27–29).

38. Para el alma que no conoce lo referido a las tentaciones y no aprecia el perfecto señorío de uno mismo que alcanzamos cuando el demonio ha sido vencido y se ha apartado de nosotros.

«Así como se acrisolan la plata y el oro en el horno, así también los corazones escogidos por el Señor» (Prov 17,3).

39. Contra el pensamiento impuro que nos seduce y arrastra nuevamente hacia un pecado del que nos hemos arrepentido ya muchas veces delante del Señor.

«Como el perro que vuelve a su vómito y se hace aborrecible; así el insensato, en su maldad, vuelve a su pecado» (Prov 26,11).

Del Eclesiastés

40. Contra el pensamiento que nos suscita la memoria de la casa en la que dimos muchos frutos a Satanás.

«Mejor el varón que oye la reprensión del sabio que el que oye el cántico de los insensatos» (Ecle 7,5).

41. Para el alma que acoge las tentaciones de los pensamientos impuros y no los trata de expulsar con hambre, sed, vigilia y oración.

«Si te asalta el espíritu del dominante, no abandones tu lugar, pues la calma reprime grandes pecados» (Ecle 10,4).

Del Cantar de los Cantares

42. A los santos ángeles, a causa de los pensamientos impuros que subsisten en el alma.

«No os fijéis en que estoy ennegrecida; es que me quemó el sol» (Cant 1,6).

De Job

43. Para el alma que cree que guardar el firme propósito de no fornicar en su mente es extraño a su naturaleza.

«Pues decía Job: “No sea que mis hijos hayan pensado mal contra Dios en su mente”» (Job 1,5).

44. Para el alma que es tentada por el demonio de la fornicación, se desconcierta ante esta grande e indecible tentación, y se asombra de cuán desvergonzado e impertérrito es este demonio.

«¿Acaso no es tentación la vida del hombre sobre la tierra; y sus días como los de un jornalero?» (Job 7,1).

45. Contra el pensamiento que presagia que los demonios de la fornicación «vienen a tocar y a hacer arder nuestros miembros».

«De día les sobrevendrán tinieblas, y al mediodía andarán a tientas como de noche» (Job 5,14).

46. Contra el demonio de la fornicación que obliga a Israel a recoger paja y rastrojos en lugar de grano.

«¡Lejos de mí prevaricar ante el Señor y pervertir la justicia ante el Todopoderoso! Retribuya Él a cada hombre según lo que hace» (Job 34,10–11).

47. Para el alma que no sabe de dónde vienen estos pensamientos de fuego que son lanzados sobre nosotros.

«De las narices [del Leviatán] sale humo encendido en fuego de carbones del horno» (Job 41,11).

De Isaías

48. Contra el pensamiento de fornicación que me dice: «No pierdo nada ni soy destruido por hambre, sed y mucho ayuno».

«Morirá de hambre tu descendencia, y no quedará nada de ti» (Is 14,30).

49. Contra el demonio que en mi mente me aconseja que me una a una mujer y me haga padre de familia para que el hambre no me siga combatiendo con pensamientos de fornicación.

«Pues el necio cosas necias hablará y su corazón cosas vanas entenderá, para consumir iniquidades y hablar falsedades, para desvanecer a las almas hambrientas y despojar a las sedientas» (Is 32,6).

De Jeremías

50. Al Señor, cuando los demonios de la fornicación toman pretextos de las Escrituras y de lo que está escrito en ellas.

«Señor, que pruebas lo justo y comprendes riñones y corazones, vea yo tu venganza contra ellos, pues a Ti he encomendado mi causa» (Jer 20,12).

De las Lamentaciones

51. Al Señor, cuando los pensamientos de fornicación permanecen en mí.

«Mira, Señor, mi humillación: se ha engrandecido el enemigo» (Lam 1,9).

52. Al Señor, cuando de noche el demonio agita contra mi alma el maldito pensamiento y trastorna por completo las facciones de mi rostro.

«Mira, Señor, observa cuánto he sido deshonrada» (Lam 1,11).

53. Para el alma que de noche ha sucumbido a visiones abominables.

«Levántate, salta de noche al principio de tu vigilia; derrama como agua tu corazón ante la faz del Señor» (Lam 2,19).

54. Al Señor, cuando el demonio de la fornicación se vale de un deseo pasional e imprime en mi mente una visión impura.

«Invoqué tu nombre, Señor, desde hoyo profundísimo; mi voz has oído; no ocultes tus orejas para mi súplica; en ayuda mía te has llegado; en el día que te invoqué, me dijiste: “No temas”» (Lam 3,55–57).

De Daniel

55. Contra el demonio de la fornicación que, apenas cesan sus pensamientos, comienza a explorar y tocar los miembros del cuerpo —los que son tentados por este demonio saben de qué estoy hablando—. A los que combaten contra ese demonio les conviene, en medio de la lucha, caminar en la celda, rezar gran parte de la noche y del día, dormir poco y sentados,

vestirse con ropas burdas de sayal y evitar abundancia de pan y de agua. Los que combaten esta batalla han de saber, sin embargo, que cuando con la fuerza del Señor lleguen a vencer este demonio, obtendrán el dominio de sí mismos y no serán derribados [más].

«El reinado de Babel se te quitará y se dará a otro, a un humilde hombre de tu casa. He aquí que yo le constituyo sobre tu reino; y tu poder y tu gloria y tus delicias se llevará; a fin de que conozcas que el Dios del cielo potestad tiene en el reino de los hombres; y a quien quiere, le dará» (Dan 4,28–29).

Del Evangelio de Mateo

56. Contra el pensamiento que con representaciones mentales de hombres y mujeres incita a cometer un pecado.

«Todo el que mirare mujer para codiciarla, ya ha fornicado con ella en su corazón» (Mt 5,28).

57. Para el alma que es tentada por pensamientos impuros de fornicación y no quiere velar ni rezar.

«Velad y orad para que no caigáis en tentación» (Mt 26,41).

De la Primera Carta a los Corintios

58. Contra los pensamientos que unas veces nos mueven a frecuentar las plazas, y otras a vagar lejos de ellas²⁵⁹.

«No os extraviéis: ni los ramos, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los contumeliosos, ni los rapaces heredarán el reino de Dios» (1Cor 6,9–10).

59. Contra los pensamientos que suscitan en nuestros corazones la fornicación, que el Señor ve cuando es puesta en acto.

«No forniquemos, como algunos de ellos fornicaron y cayeron muertos veintitrés millares en un día» (1Cor 10,8)²⁶⁰.

De la Carta a los Efesios

60. Contra los pensamientos impuros que de noche nos traicionan en sueños y de día suscitan imágenes en nuestra mente.

«Pues esto sabed: que ningún ramero, impuro o avaro —que es ser idólatra— tiene herencia en el reino del Cristo y Dios» (Ef 5,5).

De la Carta de Santiago

61. Contra el pensamiento que atribuye al Señor las tentaciones contra los hombres.

«Nadie, al ser tentado, diga: “de Dios soy tentado”, que Dios no es tentado de males, ni tienta Él a nadie. Cada cual es tentado por la propia concupiscencia que lo arrastra y ceba» (Stgo 1,13–14).

62. Para el alma que no sabe que los demonios se valen de sus ansias para suscitarle todo tipo de tentaciones.

«¿De dónde vienen las guerras y contiendas entre vosotros? ¿No es de las concupiscencias que luchan en vuestros miembros?» (Stgo 4,1).

De la Primera Carta de Pedro

63. Contra el pensamiento de quien no soporta el toque del demonio que se precipita en los costados y se mueve desde abajo provocando un incendio.

«Amados, no os extrañéis del fuego que ha encendido en vosotros como prueba, como si os aconteciera algo extraño, sino gozad por participar de los padecimientos de Cristo, para que gocéis también alborozándoos en la revelación de su gloria» (1Pe 4,12–13).

64. Contra el pensamiento de quien ha caído por desolación y tristeza y cree que es el único que es tentado así tan duramente.

«Templos, velad: vuestro enemigo el diablo, como león bramante ronda, buscando a quién devorar. Resistidle, firmes en la fe, sabiendo que las mismas tribulaciones están reservadas a vuestros hermanos en el mundo» (1Pe 5,8–9).

De la Segunda Carta de Pedro

65. Contra el pensamiento que me amenaza diciendo: «Sufrirás males indecibles por parte del demonio» —males que no he querido poner por escrito, para que no aminore el celo de quienes combaten, para que aquellos que ya se han apartado del mundo no se acobarden y los sencillos que están en el mundo no sean escandalizados; en verdad he visto a los demonios haciendo cosas indecibles, que pocos quizás sean capaces de relatar; en efecto, a menudo me ha causado gran estupefacción la magnanimidad de los santos ángeles y [me he preguntado] cómo así no queman [a estos demonios] y no los destruyen en la llama del fuego inextinguible—.

«El Señor sabe librar de la tentación a los piadosos y guardar a los injustos para castigarlos en el día del juicio» (2Pe 2,9).

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que nos ha concedido la victoria sobre el demonio de la fornicación!

DISCURSO III: CONTRA LA AVARICIA

Del Génesis

1. Contra el demonio que en mi mente me promete: «Voy a convencer en sueños a un pariente tuyo o a alguien rico de que te mande oro».

«Extenderé mi mano al Dios altísimo, el que creó el cielo y la tierra, que no tomaré nada de todo lo tuyo, desde una cuerda hasta una correa de sandalia» (Gén 14,22–23).

2. Contra el pensamiento que me presenta una [condición de] amarga pobreza junto con los males que la acompañan, y me insinúa interiormente: «El día que pases necesidad no encontrarás ayuda».

«Si el Señor está conmigo y me protege en este camino que voy a emprender y me da pan para comer y una túnica para ponerme encima, y me hace volver sano y salvo a la casa de mi padre, el Señor será para mí Dios. Y esta piedra, que erigí como estela, será la casa de Dios para mí» (Gén 28,20–22).

Del Éxodo

3. Contra el pensamiento de la avaricia que nos mueve a quejarnos de nuestros padres porque no nos han dejado parte de sus bienes.

«El que maldice a su padre o a su madre con muerte perezca» (Éx 21,17).

4. Contra el pensamiento que, a causa de la avaricia, nos mueve a sobrecargar de muchos trabajos al que acaba de hacerse discípulo.

«Y al extranjero no oprimiréis, porque vosotros conocéis el alma del extranjero, pues fuisteis extranjeros en tierra de Egipto» (Éx 23,9).

Del libro del Levítico

5. Contra el pensamiento de avaricia que se niega a compadecerse del que pide por necesidad y nos aconseja que ahorremos sólo para nosotros.

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor» (Lev 19,18).

6. Contra el pensamiento de avaricia que para obtener una ganancia temporal nos mueve a cargar al hermano de fatigas y trabajos, impidiéndole leer la Escritura y recibir una enseñanza.

«No oprima el hombre a su prójimo, y temerás al Señor tu Dios. Yo soy el Señor tu Dios» (Lev 25,17).

7. Contra el pensamiento de avaricia que aparta la mirada del que sufre una larga enfermedad y vive muy atormentado por la pobreza.

«Si se empobreciera tu hermano y estuviera falto de fuerzas con las manos junto a ti, te harás cargo de él como extranjero y residente, y tu hermano vivirá contigo» (Lev 25,35).

8. Contra el pensamiento que exige al hermano un trabajo manual por encima de sus fuerzas.

«Ninguno forzará a su hermano en los trabajos» (Lev 25,46).

Del Deuteronomio

9. Contra el pensamiento que no nos permite prestarle al hermano necesitado que nos lo pide.

«No dejarás de amar en tu corazón y no apartarás tu mano de tu hermano necesitado; tenderás tus manos a él, le harás un préstamo de cuanto necesite, según lo que carezca» (Dt 15,7–8).

10. Contra el pensamiento que trata de guardar los ahorros para sí y no los quiere usar para apoyar a un hermano.

«Malditos tus almacenes y tus provisiones. Malditos los descendientes de tu vientre y los frutos de tu tierra» (Dt 28,17–18).

De los Jueces

11. Contra el pensamiento que prefiere la riqueza a la pobreza.

«¿No es mejor la rebusca de Efraín que la vendimia de Abiezer?» (Jue 8,2).

Del primer libro de los Reyes

12. Contra el pensamiento del alma que se compadece de los pobres y les dona bienes, pero luego se retracta y se arrepiente de habérselos dado.

«Sean nuestros corazones perfectos ante el Señor, nuestro Dios; para andar santamente en sus preceptos y guardar sus mandamientos, como este día» (1Re 8,61).

13. Para el alma que quiere vivir la pobreza de Jesús pero se ha quedado todavía con algunos bienes y olvida que el profeta Eliseo renunció al mundo y se desprendió de todas sus pertenencias.

«[Elías] se fue de allí, y encontró a Eliseo, hijo de Safat, arando en vacas. Había doce yuntas delante de él, y él estaba con la duodécima. Fue donde él y le echó encima su pellón. Eliseo dejó las vacas, corrió en pos de Elías, y dijo: “Acabaré de besar a mi padre y seguiré en pos de ti”. Respondió Elías: “Ve, vuelve, ¿qué he hecho para ti?”. Eliseo volvió de en pos de él, tomó yuntas de vacas, las sacrificó y las coció en los aparejos de las vacas, las dio al pueblo, y comieron. Y se levantó, fue en pos de Elías y le sirvió» (1Re 19,19–21).

Del segundo libro de los Reyes

14. Para el alma que ahorra el dinero y los bienes que le asignan y no los quiere compartir con los hermanos que se le acercan.

«Dijo Eliseo a su criado: “Pon la olla grande, y cuece cocimiento a los hijos de los profetas”» (2Re 4,38).

15. Para el alma que recibe el oro destinado a la utilidad de los hermanos y, olvidándose de la lepra de Guejazí, lo quiere utilizar a su antojo —recuerden los lectores que el profeta Eliseo desveló el pensamiento de avaricia, indicando en primer lugar las pasiones malas y, luego, los razonamientos que las rodean; a ello sigue un largo período en el cual los pensamientos obstaculizan la mente con intenciones malignas y la vuelven leprosa—.

«Le dijo Eliseo: “¿De dónde vienes, Guejazí?”. Respondió Guejazí: “No ha ido tu siervo ni aquí ni allá”. Y le dijo Eliseo: “¿Acaso mi corazón no fue contigo cuando se volvió un varón de su carro a tu encuentro? Ahora has tomado la plata, y puedes comprar vestiduras, olivares y viñas, ovejas y vacas, siervos y siervas. Pero la lepra de Naamán se pegará en ti y en tu simiente por siempre”. Y salió de su presencia, leproso como la nieve» (2Re 5,25–27)²⁶¹.

Del profeta David

16. Al Señor, a causa del pensamiento de avaricia que me suscita angustia cuando me dice: «Has dejado la herencia de tus padres».

«Señor, la parte de mi heredad y de mi cáliz; Tú eres el que restauras mi heredad» (Sal 15[16],5).

17. Contra los pensamientos que nos reprochan que nuestros padres nos han abandonado y no nos enviarán oro para enfrentar nuestras necesidades.

«Mi padre y mi madre me han abandonado pero el Señor me ha acogido» (Sal 26[27],10).

18. Contra los pensamientos que nos generan angustia porque nuestros hermanos en el mundo son ricos y respetados por todos a causa de sus riquezas.

«En el Señor será alabada mi alma: oigan los mansos y alégrese» (Sal 33[34],3).

19. Para el alma que no sabe que si no administramos de manera apropiada los bienes que el Señor nos ha confiado, seremos juzgados con Satanás.

«Observa el pecador al justo, y busca cómo matarle. Pero el Señor no le abandonará, no, a las manos de él; y no le condenará, no, cuando se le juzgare» (Sal 36[37],32–33).

20. Para el alma que está atada al mundo, ama las cosas temporales y ansía su casa, sus bienes y a sus padres²⁶².

«Oye, hija, y ve, e inclina tu oreja; olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre» (Sal 44[45],11).

21. Contra los pensamientos que procuran el cuidado de los bienes y no consideran el afán extenuante de la riqueza.

«Si afluyeren riquezas, no pongáis en ellas el corazón» (Sal 61[62],11).

22. Contra el pensamiento que evoca la imagen de la ilustre casa de nuestros padres y hace que [nuestra] pobre celda se vea insignificante a nuestros ojos.

«Prefiero ser desechado en la casa de Dios que habitar en pabellones de pecadores» (Sal 83[84],11).

23. Contra el pensamiento que me hace sentir una apremiante necesidad de dinero y no tiene en consideración la esperanza que proviene de la gracia del Señor.

«El Señor no retardará los bienes a los que anduvieren en inocencia» (Sal 83[84],12).

24. Al Señor, acerca del pensamiento de la avaricia que permanece en nosotros y turba nuestra mente con la memoria de los bienes que hemos disfrutado, con el estímulo para que obtengamos los que no hemos visto aún, o con la conservación y custodia de los actuales.

«Inclina mi corazón a tus testimonios, no a la avaricia» (Sal 118[119],36).

25. Contra el pensamiento de los que aman el dinero y, bajo el pretexto de la hospitalidad, me constriñen a aprovecharme de los demás y me impulsan a actuar por una ganancia pasajera.

«Y tendieron cuerdas, lazos para mis pies; por la senda me pusieron tropiezo» (Sal 139[140],6).

26. Contra el pensamiento de la avaricia que nos augura una larga vida en amarga pobreza.

«El hombre a vanidad se ha asemejado; sus días pasan cual sombra» (Sal 143[144],4).

De los Proverbios de Salomón

27. Para el alma que a causa de la pasión de la avaricia tiene dificultad para progresar en la compasión.

«Que no te falten limosnas y fe; lígalas sobre tu cuello y hallarás gracia. Provee lo hermoso a la faz del Señor y de los hombres» (Prov 3,3–4).

28. Contra el pensamiento de avaricia que nos impide hacer buenas obras, suscitándonos preocupación por la pobreza y la debilidad del cuerpo.

«No dejes de hacer bien al indigente cuando tuviere tu mano cómo ayudar. No digas: “Vuelve, retorna: mañana te daré” siendo tú capaz de hacerle bien» (Prov 3,27–28).

29. Contra el pensamiento de avaricia que, por el ansia de poseer, nos empuja día y noche al trabajo manual, alejándonos del estudio de las Sagradas Escrituras e impidiéndonos visitar y servir a los enfermos.

«No aprovecharán las riquezas en el día de la ira mas la justicia libraré de la muerte» (Prov 11,4).

30. Contra el pensamiento que nos atormenta porque derrochamos sin freno nuestros bienes.

«Las propias riquezas son rescate de la vida del varón; pero el pobre no está sujeto a amenazas» (Prov 13,8).

31. Contra el pensamiento que por falta de sensibilidad aprecia el dinero más que la sabiduría del Señor.

«Los nidos de sabiduría son preferibles al oro; y los nidos de prudencia, preferibles a la plata» (Prov 16,16).

32. Contra el pensamiento de la avaricia que en la riqueza busca satisfacción y gloria.

«Es mejor un buen nombre que muchas riquezas; y buena gracia que plata y oro» (Prov 22,1).

33. Para la mente que mediante la limosna se libera de los pensamientos de avaricia, pero que vuelve a ser aprisionada por ellos mediante la tristeza y la murmuración —estos incidentes revelan que esa alma no tiene experiencia con los pensamientos pasionales y desconoce los lazos de la naturaleza racional destinada al conocimiento del Señor—.

«A varón alegre y dadivoso bendice Dios, y la vanidad de sus obras se consumirá» (Prov 22,8a).

Del Eclesiastés

34. Contra los pensamientos que encienden en nosotros el recuerdo de la casa, de la propiedad y de su estilo de vida.

«Vanidad de vanidades, dijo el Eclesiastés; vanidad de vanidades; todo es vanidad» (Ecle 1,2).

35. Contra el pensamiento de la avaricia que, a la vez que se preocupa de custodiar los bienes reservados para las necesidades internas [de la comunidad], busca conseguir otros afuera con el pretexto del bien de los hermanos o de adquirir unas Santas Escrituras.

«El que ama el dinero no se harta de dinero; y el avaro no lo aprovecha. También esto es vanidad» (Ecle 5,9).

De Job

36. Contra el pensamiento que presenta a nuestros ojos la pérdida de los bienes y de las propiedades, que eran para Job el gran sustento corpóreo.

«El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor ha parecido así se ha hecho; bendito sea el nombre del Señor» (Job 1,21).

De Isaías

37. Contra el pensamiento de la avaricia que nos sugiere que acumulemos provisiones y ropas y que no las compartamos con los hermanos necesitados.

«Parte al hambriento tu pan; e introduce en tu casa a los vagos menesterosos; si vieres un desnudo, cúbrelo; y no menosprecies a los domésticos de tu simiente» (Is 58,7).

Del Evangelio de Mateo

38. Para el alma que no siente compasión cuando ve la pobreza de los hermanos.

«Bienaventurados los compasivos, porque recibirán compasión» (Mt 5,7).

39. Para el alma que quiere iniciar una causa en el tribunal porque le han sustraído bienes y propiedades, y no sabe que no se liberará de las cadenas de los pensamientos que lo robado le provocan mientras no dé con amor también su manto.

«Al que quisiere enjuiciarte y tomar tu túnica, déjale también el manto» (Mt 5,40).

40. Contra el pensamiento que nos impide prestar al hermano porque seguramente no será capaz de restituir.

«Al que te pidiera, dale, y no rechaces al que te pidiera prestado» (Mt 5,42).

41. Contra los pensamientos que buscan acumular bienes para la comunidad y desgastan la mente con la preocupación por estas cosas.

«No acumuléis tesoros sobre la tierra, donde la carcoma y la herrumbre los destruyen, y donde hurtadores desentierran y hurtan» (Mt 6,19).

42. Contra el demonio que nos dice: «Se puede tener bienes y servir al Señor».

«Nadie puede servir a dos señores; pues, o al uno odiará y al otro amará; o al uno adherirá y al otro despreciará; no podéis servir a Dios y a Mamón» (Mt 6,24).

43. Para el alma que pretende que los demás vengan en su ayuda en momento de necesidad, pero no quiere dar apoyo a los atribulados y necesitados.

«Todo lo que quisierais que a vosotros hagan los hombres, así también vosotros hacedles; que ésta es la ley y los profetas» (Mt 7,12).

Del Evangelio de Marcos

44. Contra el pensamiento que no nos deja distribuir nuestros bienes, poniendo buenos motivos delante de nuestros ojos.

«¡Cuán difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas!» (Mc 10,23).

De la Carta a los Romanos

45. Para la mente que practica la limosna con un gesto de miseria y murmuración y con el rostro triste —estas cosas son extrañas al amor del que practica los mandamientos, que no quiere ser afectado por tal género de pasiones porque busca el santo conocimiento que nace cuando la mente se despoja de las pasiones detestables—.

«El que se compadece, de buen humor. ¡El amor, sin fingimientos!» (Rom 12,8–9).

De la Segunda Carta a los Corintios

46. Contra el pensamiento de la avaricia que considera que los hermanos de sangre y parientes que están en el mundo son dichosos porque han adquirido riquezas visibles.

«Lo que se ve es temporal; mas lo que no se ve, eterno» (2Cor 4,18).

47. Contra el pensamiento que no da por completo a los necesitados, ya que si bien al dar limosnas libera su mente de los pensamientos, después, cambiando de nuevo, se arrepiente de haber dado y sujeta su mente a los pensamientos que la estorban y disminuyen su capacidad de alcanzar el conocimiento del Señor.

«El que siembra parcamente, parcamente también segará, y el que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará» (2Cor 9,6).

De la Carta a los Efesios

48. Contra los pensamientos de avaricia que anulan la bondad para con los hermanos.

«Hacedos buenos y entrañables unos con otros, perdonándoos como también Dios os ha perdonado en Cristo» (Ef 4,32).

De la Carta a los Filipenses

49. Contra el pensamiento que busca acumular bienes sólo para sí mismo.

«No mirando cada cual a lo suyo; sino también cada cual a lo de los demás» (Flp 2,4).

50. Contra el pensamiento provocado por la ganancia de bienes, que hace que la mente se vuelva a la riqueza de otrora, que alcanzaba para muchos hermanos.

«Las cosas que me eran ganancia, por Cristo las he creído pérdida. Por lo tanto, también creo que todas las cosas son pérdida ante la eminencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor; por quien he perdido todas las cosas, y las creo basura para ganar a Cristo» (Flp 3,7–8).

De la Carta a los Colosenses

51. Contra los pensamientos que nos angustian con la avidez y no ven la idolatría que ésta genera.

«Mortificad, pues, vuestros miembros terrenos: ramería, impureza, pasión, apetito malo y avaricia, que es idolatría, por las que viene la ira de Dios sobre los hijos de la desobediencia» (Col 3,5–6).

De la Carta a los Hebreos

52. Contra los pensamientos que buscan acumular bienes más de lo necesario y aman poseer dinero.

«Sed desinteresados en la vida, contentos con lo presente, pues Él dijo: “No te dejaré, no; ni te abandonaré, no”» (Heb 13,5; ver Dt 31,6.8 y Gén 28,15).

De la Primera Carta a Timoteo

53. Para el alma que no se satisface con la comida y el vestido, olvidándose de que vino al mundo desnuda e igualmente desnuda lo dejará.

«Nada hemos traído al mundo, y claro que tampoco podemos llevar cosa alguna. Teniendo sustento y cobertura, esto nos ha de bastar. Pero los que quieren enriquecer caen en la tentación bajo el diablo y muchos apetitos insensatos y perniciosos que hunden a los hombres en ruina y perdición» (1Tim 6,7–9).

54. Contra el pensamiento de la avaricia que dice: «La avaricia no comporta nada malo, sino más bien gran alivio para los hermanos y los forasteros».

«El amor al dinero es raíz de todos los males. Por tender a él, algunos se han extraviado de la fe y se han traspasado a sí mismos con muchos dolores» (1Tim 6,10).

De la Segunda Carta a Timoteo

55. Contra el pensamiento que debido a su indigencia trata de involucrarse en los negocios del mundo. «Nadie que milita se implica en los negocios de la vida si quiere agradar al que lo reclutó. Y también, el que lucha no es coronado si no lucha legítimamente» (2Tim 2,4–5).

De la Primera Carta de Pedro

56. Contra el pensamiento que se fatiga inútilmente en la adversidad porque los bienes disminuyen, y que [aún así] llega al punto en que éstos se acaban y no es posible obtener más.

«Si alguno sirve, [hágalo] como con la fuerza que Dios otorga; para que Dios sea glorificado en todo» (1Pe 4,11).

De la Primera Carta de Juan

57. Contra el pensamiento de avaricia que no quiere dar limosnas a los hermanos, como si no estuviesen necesitados, y niega en las obras el amor de Dios.

«El que tuviere bienes del mundo y viere a su hermano tener necesidad, y cerrare sus entrañas para con él, ¿cómo permanece en él el amor de Dios?» (1Jn 3,17).

58. Contra los pensamientos que de palabra nos hacen afirmar que amamos a los hermanos, mientras en las obras les rechazamos a causa de la avaricia.

«Hijitos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obra y verdad» (1Jn 3,18).

¡Bendito sea nuestro Señor, nuestro Dios y Salvador, Jesucristo, que nos ha concedido la victoria sobre el demonio de la avaricia!

DISCURSO IV: SOBRE LOS PENSAMIENTOS DEL DEMONIO DE LA TRISTEZA

Del Éxodo

1. Para el alma que, como la asalta la tristeza, piensa que el Señor no escucha su lamento.

«Gimieron los hijos de Israel por causa de los trabajos, y clamaron, y subió su clamor hasta Dios por los trabajos. Y escuchó Dios su gemido» (Éx 2,23–24).

2. Contra los pensamientos que sostienen: «El Señor no ve los tormentos que nos causan los demonios».

«Dijo el Señor a Moisés: “He visto de cerca la opresión de mi pueblo en Egipto y he escuchado su clamor por causa de los capataces; conozco, pues, su dolor”» (Éx 3,7).

3. Para el alma que no sabe que las tentaciones aumentan apenas ella comienza a escrutar espiritualmente las palabras vivificantes del Señor y a esforzarse en sus mandamientos.

«Se dirigió entonces Moisés al Señor y dijo: “Señor, ¿por qué has maltratado a este pueblo y para qué me has enviado? Desde que me he presentado a Faraón para hablar en tu nombre, él ha maltratado a este pueblo y tú no has defendido a tu pueblo”» (Éx 5,22–23).

4. Contra los pensamientos que desesperan de recibir ayuda del Señor y abaten de tristeza al alma.

«Anda, di a los hijos Israel lo siguiente: “Yo soy el Señor, y os sacaré del poder de los egipcios, y os libraré de la esclavitud, y os resucitaré con brazo elevado y juicio grande, y os tomaré para mí como pueblo mío, y seré vuestro Dios, y sabréis que soy el Señor, Dios vuestro, el que os ha sacado del poder de los egipcios”» (Éx 6,6–7).

5. Para el alma que no está convencida de que los que acaban de renunciar al mundo no caen [en seguida] en las manos de los pérfidos demonios y no combaten batallas abiertas en visiones y enfrentamientos —esto sucede para que no sean turbados por el miedo a [los demonios] y [no sean así empujados] a regresar al mundo—.

«Cuando Faraón dejó marchar al pueblo, Dios no los condujo por el camino de la tierra de los filisteos que era cercano; porque dijo Dios: “No sea que se arrepienta el pueblo al ver guerra y se vuelva a Egipto”» (Éx 13,17).

6. Contra los pensamientos que dicen: «Los demonios no saben que el Señor combate a nuestro favor».

«Enredó los ejes de sus carros y los arrastró con fuerza. Y dijeron los egipcios: “Huyamos de la presencia de Israel; porque el Señor lucha en favor suyo contra los egipcios”» (Éx 14,25).

7. Para el alma que no es consciente de que los demonios piensan en nosotros.

«Dijo el enemigo: “Si los persigo, los alcanzaré, repartiré el botín, saciaré mi alma, mataré con mi espada, dominará mi mano”» (Éx 15,9).

8. Al Señor, acerca de los pensamientos que nos aterrorizan diciéndonos: «De noche vendrán los demonios y se lanzarán contra vosotros».

«Que les asalte el temor y la zozobra, que por la grandeza de tu brazo se conviertan en piedra, hasta que pase tu pueblo, Señor, hasta que pase este pueblo tuyo, que has hecho tuyo» (Éx 15,16).

9. Contra los pensamientos que nos hacen temblar porque no vemos al ángel que nos asiste con fuerza.

«Porque con poder oculto lucha el Señor contra Amalek de generación en generación» (Éx 17,16).

10. Para el alma que se turba porque [piensa que] los ángeles del Señor no la están protegiendo.

«Mira, yo envió a mi ángel ante tu presencia, para que te guarde en el camino, de forma que te conduzca a la tierra que he preparado para ti» (Éx 23,20).

Del Levítico

11. Para el alma que se entristece por la turbación nocturna y por el terror piensa que la agitación permanecerá para siempre.

«Otorgaré paz en vuestra tierra, y dormiréis, y no habrá quien os atemorice» (Lev 26,6).

Del Deuteronomio

12. Contra los pensamientos humanos que se levantan en nosotros y nos dicen: «Quizás no os conviene estar en lucha contra los demonios».

«Y os dije: “No temáis ni tengáis miedo de ellos. El Señor, vuestro Dios, el que marcha en cabeza delante de vosotros, Él guerreará contra ellos junto a vosotros”» (Dt 1,29–30).

13. Para el alma atemorizada por la voz del demonio que de pronto le silba en el aire²⁶³.

«Empieza a heredar; entabla combate contra él. Empieza hoy a infundir temor y miedo hacia ti a todas las naciones que hay bajo el cielo y, cuando escuchen tu nombre, se perturbarán y tendrán sufrimientos ante ti» (Dt 2,24–25).

14. Contra los pensamientos humanos que se turban al ver que los ojos del demonio destellan como fuego.

«No temáis ni tengáis miedo de ellos. El Señor, vuestro Dios, el que marcha en cabeza delante de vosotros, Él guerreará contra ellos junto a vosotros» (Dt 1,29–30).

15. Al Señor, cuando el alma ha permanecido sin turbación pero luego, de improviso, los demonios se lanzan con voces y tumultos sobre su cuerpo.

«Señor, Señor, Tú has empezado a mostrar a tu servidor tu fuerza y tu poder, tu mano fuerte y tu brazo elevado, porque ¿qué Dios hay en el cielo o sobre la tierra que haga lo que Tú hiciste y con tu fuerza?» (Dt 3,24).

16. Para el alma que está turbada y tiembla por los demonios que ha visto, y piensa que el Señor la ha abandonado.

«Como el Señor, tu Dios, es un Dios compasivo, no te abandonará ni te exterminará, ni olvidará el pacto de tus padres, el que les prometió» (Dt 4,31).

17. Para el alma que quiere conocer la causa de estas tentaciones.

«Para humillarte y ponerte a prueba, y para hacerte el bien al final de tus días» (Dt 8,16).

18. Contra los pensamientos humanos que se agitan al ver que los demonios vienen de noche contra nosotros bajo la figura de serpientes que suben por la espalda y los costados.

«Que no se afloje vuestro corazón, no temáis ni os quebrantéis, ni os apartéis de ellos, porque es el Señor, vuestro Dios, el que va delante de vosotros, para derrotar con vosotros a vuestros enemigos y manteneros salvos» (Dt 20,3–4).

19. Para el alma que está triste y tiembla porque los demonios se lanzan de noche contra ella.

«Actúa como un hombre y ten fuerza, no temas, no te acobardes ni tengas miedo ante ellos, porque el Señor, tu Dios, es el que va delante, entre vosotros, con vosotros, para no dejarte ni abandonarte» (Dt 31,6).

De Josué, hijo de Nun

19. Para el alma que retirándose del mundo quiere fortalecerse en el temor del Señor, pero se lo impide el terror que le causan los demonios.

«He aquí que te he mandado: esfuerzate y envalentónate; no te acobardarás ni temerás, pues contigo está el Señor, tu Dios, en todo lo que anduvieres» (Jos 1,9)²⁶⁴.

20. Contra los pensamientos que dudan de acercarse a la disciplina del temor del Señor por miedo a terribles visiones o a las antorchas de fuego que vuelan en el aire.

«No temáis, ni desmayéis: envalentonaos y esforzaos; porque así hará el Señor a todos vuestros enemigos, a quienes vosotros debelareis» (Jos 10,25).

De los Jueces

21. Para el alma que cae en la tristeza y por eso se ve turbada por visiones nocturnas.

«Despierta, despierta, Débora; despierta, despierta: canta un cantar» (Jue 5,12).

Del primer libro de Samuel

22. Contra el pensamiento que no reconoce que la entonación de los Salmos cambia el equilibrio corpóreo y expulsa al demonio que toca la espalda, congela los nervios y descompone todos los miembros.

«Y aconteció que al estar el espíritu malo sobre Saúl, cogía David el arpa y tañía en su mano: y respiraba Saúl, y era bueno para él, y se retiraba de él el espíritu malo» (1Sam 16,23).

23. Contra el demonio que se presenta espada en mano conviene que le respondamos como en la guerra; así le respondió también nuestro bienaventurado padre Macario, que le vio venir espada en mano a su encuentro cuando se dirigía a ver el huerto plantado por Janes y Jambres²⁶⁵.

«Dijo David al filisteo [Goliat]: “Tú vienes a mí con espada, lanza y escudo; y yo voy a ti en nombre del Señor Dios de los ejércitos”» (1Sam 17,45).

24. Contra los demonios que provocan la tempestad en el aire y en seguida nos hacen escuchar el sonido de sus voces.

«El Señor no salva con espada y lanza; pues del Señor es la guerra; y el Señor os entregará a nuestras manos» (1Sam 17,47).

Del primer libro de los Reyes

25. Contra el demonio que me amenaza con juramentos diciéndome: «Te pondré en ridículo y te llenaré de vergüenza en medio de los demás monjes, porque estaré a la búsqueda de todo tipo de pensamiento impuro para después manifestarlo».

«¡Baste! ¡No se gloríe el encorvado como el recto!» (1Re 21[20],11).

Del segundo libro de los Reyes

26. Para el alma que está turbada porque los demonios se aparecen de repente en el aire.

«No temas, porque son más los que están con nosotros que con ellos» (2Re 6,16).

27. Para el alma que no cree que el aire está lleno de ángeles santos que nos asisten sin que los demonios los vean.

«Oró Eliseo y dijo: “Señor, abre ahora los ojos del criado, y que vea”. Y abrió el Señor sus ojos, y vio; y he aquí el monte, lleno de bridones y carros de fuego, en torno de Eliseo» (2Re 6,17).

De los Salmos

28. Contra el pensamiento que me hace ingresar en un [estado de] temblor y miedo porque los demonios vienen y combaten contra mí.

«El que habita en los cielos, se reirá de ellos; y el Señor los escarnecerá. Entonces les hablará en su ira; y en su furor los conturbará» (Sal 2,4–5).

29. Al Señor, acerca de las visiones perturbadoras y vergonzosas que se nos aparecen de noche.

«Apiádate de mí, Señor, porque enfermo estoy, sáname, porque conturbados están mis huesos. Mi alma conturbada está sobremanera; y tú, Señor, ¿hasta cuándo?... Vuélvete, Señor; salva a mi alma, por tu misericordia» (Sal 6,3–5).

30. Contra los pensamientos que, cuando se manifiesta la maldad de los demonios, nos aconsejan huir en vez de levantarnos y luchar con fuerza contra ellos.

«En el Señor confío, ¿cómo decís a mi alma: “Transmigra al monte, como gorrión?”» (Sal 10[11],1).

31. Al Señor, acerca de la opinión según la cual los demonios se prepararían a asaltarnos de noche.

«Levántate, Señor, adelántate a ellos y suplántalos; libra a mi alma del impío con tu espada» (Sal 16[17],13).

32. Para el alma asustada por las voces perturbadoras y el tumulto de los demonios.

«Éstos, en carros; y éstos, en bridones; pero nosotros nos engrandeceremos en el nombre del Señor, nuestro Dios. Ellos han sido atados y han caído; pero nosotros nos hemos alzado y erguido» (Sal 19[20],8–9).

33. Contra los demonios que de noche se adhieren a nuestros cuerpos y golpean nuestros miembros en forma de escorpiones.

«El Señor es mi iluminación y mi salvador: ¿a quién temeré? El Señor es escudador de mi vida, ¿ante quién me amedrentaré? Al acercarse a mí maléficos para comer mis carnes; los que me atribulan y mis enemigos, ellos mismos flaquearon y cayeron» (Sal 26[27],1–2).

34. Contra los demonios que de improviso se aparecen en el aire sobre nosotros en forma de etíopes.

«Si se juntare contra mí un campamento, no se amedrentará mi corazón; si se levantara contra mí guerra, en ella espero» (Sal 26[27],3).

35. Al Señor, acerca del demonio de la tristeza que se me acerca y, sin provocar una percepción particular, actúa sobre mi cabeza y espalda, a veces con pensamientos de

tristeza, y otras sin necesidad de pensamientos, poniendo mi alma en una grande e inesperada tribulación.

«Tú eres mi refugio de la tribulación que me circunda; mi alborozo, redímeme de los que me cercan. —Te instruiré y te enseñaré el camino en que andarás» (Sal 31[32],7–8).

36. Al Señor, acerca de los demonios que se acercan a la piel y se adhieren a ella, queman como el fuego e imprimen en ella marcas redondas como las [provocadas] por las sanguijuelas —he visto esto con mis propios ojos y quedé estupefacto²⁶⁶—.

«Juzga, Señor, a los que me agravian; combate a los que me combaten; coge armas y broquel, y levántate en mi auxilio; desenvaina espada y cierra en frente de los que me persiguen; di a mi alma: “Salud tuya yo soy”» (Sal 34[35],1–3).

37. Al Señor, acerca del demonio de la tristeza que altera la mente y la obsesiona con un razonamiento lleno de tormentos y sufrimientos —éste es signo de gran necesidad—.

«Restituye mi única alma de las maldades de leones» (Sal 34[35],17).

38. Contra el pensamiento que me amenaza diciéndome: «De noche vendrán los demonios blandiendo espadas».

«Entre su espada en su corazón y sean quebrantados sus arcos» (Sal 36[37],15).

39. Contra el pensamiento que me predice la aflicción que me provocarán los demonios.

«Porque yo estoy presto para flagelos y mi dolor está siempre delante de mí» (Sal 37[38],18).

40. Para el alma que en tiempo de tristeza busca en la oración palabras espirituales.

«No me abandones, Señor; Dios mío, no te apartes de mí; atiende a mi ayuda, Señor de mi salud» (Sal 37[38],22–23).

41. Al Señor, acerca de los demonios que inflaman las articulaciones de mi cuerpo.

«Aparta de mí tus flagelos: por la fuerza de tu mano he desfallecido» (Sal 38[39],11).

42. Para el alma [afligida] por el pensamiento de la tristeza que retrata delante de nuestros ojos la edad avanzada de nuestro padre, la pérdida de fuerza de nuestra madre y el dolor de nuestros parientes, que no son consolados.

«Más lisas que el aceite sus palabras, pero ellas son dardos» (Sal 54[55],22).

43. Al Señor, a causa del demonio que insinúa en mis pensamientos el miedo a la locura y a perder la razón, así como la vergüenza [que ello provocaría] para mí y para los que buscan al Señor en el camino monástico.

«No se avergüencen por mí los que te aguardan, Dios de los ejércitos; no se confundan por mí los que te buscan, Dios de Israel» (Sal 68[69],7).

44. Para el alma que no sabe lo que dicen los jefes de los demonios acerca de los que han sido abandonados por el Señor.

«Han dicho mis enemigos y los que acechaban mi alma, se aconsejaron a una diciendo: “Dios le abandonó: persegúidle y cogedle, pues no hay quien le libere”» (Sal 70[71],10–11).

45. Al Señor, acerca de las serpientes voladoras que aparecen en el aire e impelen a las personas a salir de los muros, conviene que digamos algo, porque también el bienaventurado Macario, anciano egipcio²⁶⁷, abrió la boca y dijo:

«No entregues a las fieras al alma que te alaba» (Sal 73[74],19).

46. Para el alma que no se da cuenta de lo que los demonios impuros dicen entre ellos acerca de nosotros.

«Han dicho: “Venid y exterminémoslos de las gentes, y ya no se recuerde, no, el nombre de Israel”» (Sal 82[83],5).

47. Contra los demonios que disimuladamente comienzan a presentarse bajo figuras abominables que se asoman en el aire, hemos de responder lo mismo que respondió el justo y bienaventurado Antonio²⁶⁸:

«El Señor es mi auxilio, yo desdeñaré a mis enemigos» (Sal 117[118],7).

48. Contra el demonio que se inflama como fuego y luego cambia y se disuelve como humo.

«El lazo fue destrozado, y fuimos librados. Nuestra ayuda es el nombre del Señor que hizo el cielo y la tierra» (Sal 123[124],7).

49. Al Señor, contra el demonio que amenaza quemarme con fuego ardiente.

«Caerán sobre ellos carbones de fuego, y los derribarás por tierra en miserias; no subsistirán, no» (Sal 139[140],11).

De los Proverbios de Salomón

50. Contra el pensamiento que me dice: «El camino que conduce al conocimiento de Jesucristo está lleno de gran peligro y de mucha tribulación».

«Pretexta y dice el perezoso: “León en los caminos, y en las calles sicarios”» (Prov 22,13).

De Job

51. Para el alma que no sabe que sin una orden del Señor, Satanás no puede acercarse ni siquiera a un animal de carga.

«¿Y las obras de sus manos has bendecido y su ganado abundante has hecho sobre la tierra? Empero, envía tu mano y toca todo lo que tiene —[y verás si] te bendecirá en tu faz—» (Job 1,10–11).

52. Para el alma que no sabe que Satanás, después de haberla tentado por medio de los pensamientos, no se cansa y pide a Dios que le dé poder sobre el cuerpo.

«Y, respondiendo el diablo, dijo al Señor: “Piel por piel, y todo cuanto tiene pagará el hombre por su alma. Empero, envía tu mano, toca sus huesos y sus carnes —[y verás si] te bendecirá en tu faz—”» (Job 2,4–5).

53. Contra los pensamientos que nos inquietan, profetizando y diciéndonos: «Los demonios vendrán de noche en forma de estrellas, se aparecerán dentro de la celda y quemarán vuestros ojos y rostros» —en ese momento de tentación es útil arrodillarse, perseverar en la oración, desviar nuestros rostros y no mirar mientras se esfuerzan por turbarnos—.

«Que la maldiga el que maldice a aquel día, el que está pronto a medirse con el gran monstruo. Entenebrézcanse los astros de aquella noche; quédese y a luz no venga, y no vea el lucero nacer» (Job 3,8–9).

54. Contra el pensamiento que me profetiza y me dice: «Te sobrevendrá la muerte a causa de los demonios».

«Pues, si muriere el hombre, vivirá después de consumir los días de su vida: aguardaré hasta que yo de nuevo sea hecho» (Job 14,14).

De Miqueas

55. Contra el espíritu maligno que ataca el alma evocando los pecados pasados, haciéndomelos ver y esforzándose por sugerirme la tristeza.

«No te alegres de mí, enemiga mía²⁶⁹; pues si he caído, me levantaré; si me sentare en las tinieblas, el Señor me iluminará» (Miq 7,8).

De Nahúm

56. Para el alma que no soporta virilmente al demonio que en el tiempo de la oración se aparece inesperadamente, se posa sobre el brazo y la nuca, frota la oreja e irrita la nariz.

«Bondadoso es el Señor para con los que esperan en Él en día de tribulación, y conoce a los que le temen» (Nah 1,7).

De Zacarías

57. Para el alma que quiere saber qué les ocurrirá a los demonios en el día del juicio y a qué género de tormentos serán destinados; a propósito de este tormento habla místicamente el profeta cuando profetiza y dice:

«Ésta será la ruina con que herirá el Señor a todos los pueblos que han militado contra Jerusalén: se desharán sus carnes parados sobre sus pies, sus ojos fluirán de sus cuencas y su lengua se deshará en su boca» (Zac 14,12).

De Isaías

58. Contra los demonios que de improviso prenden fuego, inquietan con voces perturbadoras, ponen al alma en un estado de agitación y no la abandonan hasta que caiga aterrorizada ante ellos, se ha de decir lo que dijo también nuestro santo padre Macario²⁷⁰, quien les respondió:

«Conoced, gente, y sucumbid; escuchad hasta el extremo de la tierra: sucumbid envalentonados; si de nuevo os envalentonareis, de nuevo sucumbiréis. El Señor disipará el plan que acordareis; y la amenaza que hablareis no permanecerá, no, en vosotros, pues Dios está con nosotros» (Is 8,9–10).

59. Contra los pensamientos que nos asaltan a causa de la debilidad que nos generan los demonios.

«La disciplina del Señor me abre las orejas, yo no desobedezco ni contradigo. Mi espalda he dado a flagelos, y mi rostro no he apartado de vergüenza de esputos; el Señor mi ayudador se ha hecho; por esto no he sido confundido, sino que he puesto mi rostro como dura piedra, y sé que no seré avergonzado, no; pues llega quien me justifica» (Is 50,5–8).

60. Contra el pensamiento del alma que se entristece porque sus amigos y parientes le reprochan no haberles dado parte de su riqueza, y por eso no recibe consuelo de parte de ellos.

«No temáis oprobio de hombres; y por el desprecio de ellos no os desaniméis» (Is 51,7).

61. Para el alma que no sabe que los pensamientos vanos generan miedo y temblor y oscurecen la luz santa que da confianza a la mente.

«Abstente de lo inicuo y no temerás, y el temblor no se te acercará» (Is 54,14).

De Jeremías

62. Para el alma que tiembla a causa de los resplandores que aparecen en las paredes.

«No les temas, pues estoy contigo para librarte, dice el Señor» (Jer 1,8).

63. Al Señor, cuando los pensamientos de tristeza conducen a la mente a un abismo lleno de

muestran e imprimen en el corazón visiones abominables —éstos son signos de que el alma pasa por un peligro—.

«¿Por qué prevalecen contra mí los que me contristan? Mi llaga está rígida, ¿por dónde sanaré? Fueme hecha cual agua engañosa, sin fe» (Jer 15,18).

64. Al Señor, cuando los demonios nos dicen en nuestra mente: «Pronto probaréis vergüenza por vuestro modo de vivir».

«Sean confundidos los que me persiguen y no sea confundido yo; atérrense ellos, y no me aterre yo; trae sobre ellos día malo, con doble quebranto quebrántalos» (Jer 17,18).

De Ezequiel

65. Para el alma turbada por las guerras surgidas del contacto con los demonios.

«No les temas, ni te aterres ante ellos, aunque sean casa exasperante» (Ez 3,9).

Del Evangelio de Mateo

66. Para el alma que no está convencida de que los demonios no tienen poder ni siquiera sobre los cerdos —aunque se jacten diciendo: «Tenemos poder sobre los hombres y los hacemos esclavos cuando queremos»—.

«Y había lejos de ellos una pira de muchos puercos, paciendo. Y los demonios rogáronle diciendo: “Si nos echas fuera, envíanos a la pira de los puercos”. Y díjoles: “Id”» (Mt 8,30– 32).

Del Evangelio de Juan

67. Para el alma que no comprende que la turbación y el terror se deben a la debilidad de la fe.

«No se conturbe vuestro corazón: creed en Dios y creed en mí» (Jn 14,1).

De los Hechos de los Apóstoles

68. Para el alma que se entristece cuando es difamada por el nombre del Señor.

«[Los Apóstoles] se fueron contentos del sanedrín porque se les consideró dignos de ser deshonrados por el nombre de Jesús» (Hch 5,41).

De la Carta a los Romanos

69. Acerca de la tribulación [provocada] por las tentaciones.

«Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación obra paciencia; la paciencia, probación; la probación, esperanza; y la esperanza no confunde, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5,3– 5).

70. Contra el pensamiento que me presagia que las tentaciones me traerán violentas tribulaciones.

«Pues estimo que los padecimientos del presente tiempo no son dignos en comparación de la gloria que se ha de revelar en nosotros» (Rom 8,18).

De la Primera Carta a los Corintios

71. Contra el pensamiento del que cree que es tentado más allá de sus fuerzas.

«Fiel es Dios que no dejará que seáis tentados por encima de lo que podéis; sino que, con la tentación, dará también la salida, para que podáis soportar» (1Cor 10,13).

De la Segunda Carta a los Corintios

72. Para el alma, a causa de una extraña e inexplicable tentación —no la quiero exponer con palabras debido a todos los que, por maldad e ignorancia, con palabras más o menos serias, se burlan de nosotros y, además, no creen que los demonios agreden a los monjes abiertamente; estos hombres no tienen experiencia alguna de la lucha contra los demonios, los cuales, después de haberlo pedido al Señor, obtienen el poder de tentarnos —.

«En nosotros hemos tenido la respuesta de la muerte, para que no confiemos en nosotros, sino en Dios, el que resucita los muertos, quien de tamaña muerte nos ha librado y nos libraré» (2Cor 1,9–10).

73. Contra el demonio que me trae a la memoria los pecados de mi juventud.

«Si alguno está en Cristo, es una nueva criatura; lo viejo ha pasado, todo se ha hecho nuevo» (2Cor 5,17).

74. Contra los pensamientos de tristeza que nos sobrevienen cuando los asuntos temporales hacen caer nuestra mente en gran aflicción y la hacen morir.

«La tristeza según Dios es arrepentimiento saludable e irreversible; pero la tristeza del mundo opera la muerte» (2Cor 7,10).

De la Carta de Santiago

75. Contra los pensamientos del que está cansado de luchar abiertamente contra los demonios.

«Someteos, pues, a Dios, y resistid al diablo, y huirá de vosotros» (Stgo 4,7).

De la Primera Carta de Pedro

76. Contra los pensamientos que esperan que los demonios asalten el alma, mientras el cuerpo cae en una enfermedad sin remedio.

«¿Quién os maltratará si os hicieris celadores del bien? Y, aunque sufiereis por justicia seréis bienaventurados. No les temáis ni os conturbéis. Y santificad en vuestros corazones a Cristo, el Señor» (1Pe 3,13–15).

¡Bendito sea el Señor, nuestro Dios y nuestro Salvador, Jesucristo, que nos ha concedido la victoria sobre el demonio de la tristeza!

DISCURSO V: CONTRA EL DEMONIO DE LA IRA

Del libro del Génesis

1. Para el alma que no sabe que un regalo extingue fácilmente el rencor obstinado de un hermano.

«Jacob le contestó: “Si he encontrado favor ante ti, acepta los regalos de mis manos, puesto que he visto tu rostro como quien ve el rostro de Dios y me aceptarás favorablemente; toma los regalos que te he traído, porque Dios ha tenido compasión de mí y tengo de todo”» (Gén 33,10–11).

2. Contra los pensamientos de ira que surgen en el camino de los perfectos.

«No discutáis por el camino» (Gén 45,24).

Del Éxodo

3. Contra el pensamiento que, impulsado por la ira, testimonia en falso.

«No testificarás falsamente contra tu prójimo» (Éx 20,16).

4. Contra el pensamiento que brota de un rumor y suscita la cólera contra los hermanos.

«No acogerás rumor vano» (Éx 23,1).

5. Contra el pensamiento que es despertado por la ira y quiere injuriar a los hermanos.

«De todo lenguaje injusto te apartarás» (Éx 23,7).

Del Levítico

6. Contra el pensamiento que representa en la mente a un hermano que por odio dice algo malo o presta oídos a algo odioso —como explicaba Juan el profeta, vidente de la Tebaida²⁷¹, esto es posible cuando el odio está ligado a los bienes o a la comida; pero si el odio es por la gloria humana habrá que extirparlo con mucho esfuerzo—.

«No odiarás a tu hermano con tu pensamiento, reprenderás con firmeza a tu prójimo y no recibirás culpa por su causa» (Lev 19,17).

De los Números

7. Para el alma que piensa que la mansedumbre perfecta es algo extraño a la naturaleza.

«Moisés era el hombre más tranquilo de todos los que hay sobre la tierra» (Núm 12,3).

Del segundo libro de Samuel

8. Para el alma que no sabe que cuando es maldecida por los hombres es porque el Señor permite que ella sea puesta a prueba.

«Dijo David a Abisai y a todos sus niños: “He aquí que el hijo que salió de mi vientre busca mi alma, y mucho más ahora el hijo de Jemini. Dejadle maldecirme, pues se lo ha dicho el Señor. Tal vez repare el Señor en mi humillación y me devuelva bienes por esta maldición de hoy”» (2Sam 16,11–12).

De David

9. Para el alma que se aleja de la mansedumbre y espera conocer los caminos del Señor.

«Guiará a los mansos con su juicio; enseñará a los mansos sus caminos» (Sal 24[25],9).

10. Para el alma que acoge pensamientos de ira y reúne acusaciones viles y falsas sospechas contra los hermanos.

«Desiste de la ira y abandona el enojo; no te enceles hasta hacer el mal. Porque los que hacen el mal serán exterminados, pero los que aguardan al Señor heredarán la tierra» (Sal 36[37],8–9).

11. Contra el pensamiento que es suscitado por la calumnia de los hermanos y obnubila el alma de rabia.

«Sentado hablabas contra tu hermano; y ponías tropiezo contra el hijo de tu madre» (Sal 49[50],20).

12. Al Señor, porque la mente sabe que las espantosas visiones nocturnas provienen del desorden de la cólera y porque ha aprendido que se les elimina mediante la misericordia y la paciencia.

«Tu mandamiento me ha hecho más sabio que mis enemigos; pues siempre está conmigo. He comprendido más que todos los que me enseñan, pues medito en tus testimonios» (Sal 118[119],98–99).

13. Contra el demonio que enciende en nosotros la cólera contra los hermanos y después nos convence de cantar la doxología en la que está escrito el mandamiento de la paciencia que no hemos observado; pero así lo hace para burlarse de nosotros mientras cantamos el mandamiento que de hecho no hemos observado²⁷².

«¿Cómo cantaremos el cantar del Señor en tierra extraña?» (Sal 136[137],4).

De los Proverbios de Salomón

14. Contra el pensamiento que recoge reflexiones perversas contra el hermano, [induciéndonos a pensar] que es una persona inútil y censurable, incapaz de actuar como se debe.

«No trames el mal contra tu amigo que habita contigo y confía en ti» (Prov 3,29).

15. Contra el pensamiento que proviene del odio y quiere litigar con el hermano por los bienes temporales.

«El odio suscita contienda; pero la amistad aplaca a todos los que litigan» (Prov 10,12).

16. Contra el pensamiento que nos empuja a proferir una maldición contra el hermano. «Los labios justos aplacan la enemistad, los que profieren contumelias son los más insensatos» (Prov 10,18).

17. Contra la ira que se enciende contra el hermano y deshonra el alma en el momento de la oración.

«El alma bendecida es toda sencilla, y el varón iracundo no es noble» (Prov 11,25).

18. Contra el pensamiento que suscita nuestra ira contra el rebaño que no va recto por el camino.

«El justo se apiada de las almas de sus bestias; las entrañas de los impíos no tienen piedad» (Prov 12,10).

19. Contra el pensamiento que es suscitado de improviso por la ira y perturba la mente por algo insignificante.

«El insensato anuncia su ira de inmediato; el hábil oculta su deshonor» (Prov 12,16).

20. Contra el pensamiento que medita un engaño en contra del hermano.

«No logrará presas el doloso, y una adquisición preciosa será del varón puro» (Prov 12,27).

21. Para el alma que camina por la senda de la cólera y, con los pensamientos, incita a la mente a inflamarse de ira —luego, el pensamiento de esta pasión duda un poco y viene un tiempo en el que desaparece el recuerdo de la palabra o del hecho; aún así, algo oscurece la mente y deja una impronta en ella²⁷³—.

«En los caminos de justicia está la vida; los caminos de los rencorosos conducen a la muerte» (Prov 12,28).

22. Contra el pensamiento de ira que, impulsado por el ansia de bienes, resquebraja y destruye la paciencia y nos propone actos insensatos; en su lugar se debería haber reanimado la mansedumbre.

«El varón paciente es rico en prudencia, y el pusilánime es muy imprudente» (Prov 14,29).

23. Contra el pensamiento que impide responder con mansedumbre a los que nos reprenden por buenos motivos.

«La ira pierde hasta a los prudentes; la respuesta sumisa aparta el furor, y la palabra ofensiva despierta iras» (Prov 15,1).

24. Contra el pensamiento que nos instiga a litigar con los hermanos y nos impide superar los pretextos.

«El varón iracundo causa riñas; el paciente apacigua hasta la que está en curso» (Prov 15,18).

25. Para el alma que cree que no es reprehensible ante el Señor el pensamiento de ira, sino el pecado que le sigue.

«El pensar injusto es abominación para el Señor, y las conversaciones de puros son sagradas» (Prov 15,26).

26. Contra el pensamiento que nos sugiere la compañía de personas coléricas y llenas de ira.

«No seas compañero de varón furioso; y con amigo iracundo no habites; no sea que aprendas sus caminos y pongas trampas a tu alma» (Prov 22,24–25).

27. Para el alma que padece una injusticia y quiere devolverla —esto es señal de la perversa pasión del alma que ama cosas vanas—.

«No digas: “le trataré del modo que me ha tratado, me vengaré de lo que me ha agraviado”» (Prov 24,29).

28. Contra el pensamiento que no se apiada de su enemigo ni se preocupa por él cuando lo ve en la miseria, y no quiere borrar la enemistad e invitarlo a la mesa.

«Cuando hambreare tu enemigo, aliméntale; cuando tuviere sed, abrévale. Que haciendo esto, juntarás ascuas de fuego sobre su cabeza, y el Señor te retribuirá bienes» (Prov 25,21–22).

Del Eclesiastés

29. Contra el pensamiento del alma que se enciende rápidamente de ira y se exaspera de improviso con los hermanos.

«No te precipites a encolerizarte en tu espíritu; pues la cólera reposará en el seno de los insensatos» (Ecle 7,9).

30. Para el alma que no quiere eliminar los motivos de la ira y desea en cambio comida, vestidos y bienes —estas cosas encienden una rabia que no se aleja del corazón y hace que la mente caiga en un abismo de perdición—.

«Aparta la ira de tu corazón y aleja la maldad de tu carne, pues la juventud y la insensatez son vanidad» (Ecle 11,10).

Del Cantar de los Cantares

31. Contra el demonio que con muchas tentaciones busca extinguir nuestro amor por los hermanos.

«Mucha agua no podrá apagar el amor, y los ríos no lo inundarán» (Cant 8,7).

De Isaías

32. Contra el pensamiento que me incita a escribir palabras hostiles contra el que nos ha afligido para herir su corazón.

«¡Ay de los que escriben maldad! porque escribiendo escriben maldad» (Is 10,1).

De las Lamentaciones de Jeremías

33. Al Señor, acerca de los pensamientos de cólera que ya no permanecen en nosotros.

«Has juzgado, Señor, los juicios de mi alma, has redimido mi vida» (Lam 3,58).

Del Evangelio de Mateo

34. Contra los pensamientos de ira que nos suscitan nuestros padres y hermanos cuando nos persiguen por el nombre del Señor.

«Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5,10)

35. Contra el pensamiento que por acedia se altera con el hermano.

«Todo el que se airare con su hermano será reo de juicio» (Mt 5,22).

36. Contra el razonamiento que se irrita con el que lo ha golpeado y no quiere hacer desaparecer el pensamiento provocado por el primer golpe y dejarse golpear de nuevo.

«A quien te golpeare en tu mejilla derecha vuélvele también la otra» (Mt 5,39).

37. Contra los pensamientos que nos empujan a odiar y maldecir a nuestros enemigos.

«Orad por los que os persiguen para que os hagáis hijos de vuestro Padre de los cielos» (Mt 5,44–45).

Del Evangelio de Lucas

38. Contra el pensamiento de ira al que no le basta con el arrepentimiento del hermano y se exaspera y lanza nuevamente contra él.

«Si pecare tu hermano, intímale; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces se volviere a ti, diciendo: “Me arrepiento”, le perdonarás» (Lc 17,3–4).

Del Evangelio de Juan

39. Contra la mente que acepta pensamientos de ira contra los hermanos y anula el mandamiento del amor, conocido como [mandamiento] nuevo.

«Un mandamiento nuevo os doy: que os améis según os he amado, que así también os améis vosotros» (Jn 13,34).

De la Carta a los Romanos

40. Contra los pensamientos de ira que vuelven hostil el amor.

«¿Quién nos apartará del amor del Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o cuchilla?» (Rom 8,35).

41. Contra los pensamientos de envidia que se alegran de la caída de los enemigos.

«Gozad con los que gozan; llorad con los que lloran. Sentid lo mismo entre vosotros» (Rom 12,15–16).

42. Contra el pensamiento que guarda rencor y busca devolver el mal a quien lo ha ofendido.

«Devolviendo a nadie mal por mal; proveyendo lo bello ante todos los hombres» (Rom 12,17).

De la Primera Carta a los Corintios

43. Contra los pensamientos de ira que nos sugieren actuar injustamente y cometer fraudes.

«¿Por qué más bien no sois injuriados? ¿Por qué más bien no sois despojados? Pero vosotros injuriáis y despojáis, y esto, a hermanos» (1Cor 6,7–8).

44. Contra el pensamiento de ira que se enciende contra quien me ha insultado por [mi] condición de esclavo.

«¿Has sido llamado siervo? No te importe; aun cuando puedas hacerte libre, más bien aprovéchate. Pues el que es llamado siervo en el Señor, es liberto del Señor; e igualmente el llamado libre, es siervo de Cristo» (1Cor 7,21–22).

45. Para el alma que no es consciente de la franqueza de palabra propia del amor y se pierde por un pensamiento de ira.

«Si yo hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo caridad, he sido hecho bronce retumbante o címbalo estrepitoso. Y si tengo profecía, y supiere todos los misterios y toda ciencia; y si tengo toda la fe, hasta trasladar montes, pero no tengo caridad, nada soy. Y si diere de comer con todos mis bienes; y si entregare mi cuerpo a ser quemado, pero no tengo caridad, nada aprovecho. La caridad es longánima, es bondadosa; la caridad no cela, no se jacta, no se infla; no avergüenza; no busca lo suyo; no se irrita; no piensa lo malo; no se goza en la injusticia; goza, empero, con la verdad; todo sufre, todo cree, todo espera; todo soporta. La caridad jamás cae» (1Cor 13,1–8).

De la Carta a los Gálatas

46. Para el alma que busca alcanzar en sí misma el vértice del conocimiento de la verdad pero se irrita violentamente.

«El fruto del espíritu es: caridad, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia» (Gál 5,22).

47. Contra los pensamientos que nos arrojan en el resentimiento a causa de las faltas de los hermanos.

«Sobrellevad unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo» (Gál 6,2).

48. Contra los pensamientos del alma que piensa con rabia en las personas que reciben muchos bienes de ella y, al alejarse, murmuran contra ella²⁷⁴.

«Y no desmayemos de hacer lo bello, que en el tiempo propio segaremos sin desfallecer» (Gál 6,9).

De la Carta a los Efesios

49. Contra los pensamientos de ira que no nos permiten reconciliarnos con los hermanos aun cuando a nuestros ojos se presentan con las mejores actitudes, como la humillación, el temor, la cortesía y [la promesa] de no caer más en las mismas insensateces que han cometido en el pasado —ésta es una señal de la astucia del demonio que no quiere dejar a la mente libre de la cólera—.

«El sol no se ponga sobre vuestro aparamiento, ni deis lugar al diablo» (Ef 4,26–27).

50. Contra los pensamientos de toda clase que genera la cólera por diversos tipos de cuestiones.

«Quítese de vosotros toda amargura, cólera, ira, vociferación y blasfemia, y toda malicia» (Ef 4,31).

De la Carta a los Filipenses

51. Contra los pensamientos que tienen la osadía de murmurar a causa del servicio a los hermanos.

«Haced todo sin murmuración ni vacilaciones, a fin de haceros intachables e íntegros, hijos de Dios irrepreensibles en medio de una generación torcida y depravada» (Flp 2,14–15).

De la Carta a los Colosenses

52. Contra los pensamientos que son inflamados por la cólera y de su incendio hacen brotar difamación y falsedad.

«Pero ahora ya vosotros deponedlo también todo de vuestra boca: ira, enojo, malicia, blasfemia, torpe habla. No os mintáis unos a otros» (Col 3,8–9).

De la Primera Carta a los Tesalonicenses

53. Contra los pensamientos que quieren devolver mal por mal.

«Ved que nadie retorne a alguno mal por mal; corred siempre tras lo bueno unos para con otros y para con todos» (1Tes 5,15).

De la Primera Carta a Timoteo

54. Para el alma que no conoce el fin del mandamiento del Señor y lo frustra con pensamientos de ira.

«El fin del mandamiento es la caridad de puro corazón, de conciencia buena y de fe no fingida» (1Tim 1,5).

De la Segunda Carta a Timoteo

55. Contra la mente que con los pensamientos hace nacer la discordia por medio de una doctrina.

«El siervo del Señor no debe reñir, sino ser suave para con todos, docente, paciente» (2Tim 2,24).

56. Contra el pensamiento de ira que me invade a causa de la persecución que he padecido de parte de mis padres y parientes por el nombre del Señor.

«Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos» (2Tim 3,12).

De la Carta a Filemón

57. Contra el pensamiento que despierta en nosotros la ira contra el hermano que recibe dinero y otras cosas para su necesidad y no se preocupa por devolverlo.

«Y si te ha agraviado o te debe algo, cárgamelo a mí» (Fil 18).

De la Carta de Santiago

58. Para el alma que se irrita rápidamente e invoca la justicia de Dios.

«Sea todo hombre pronto para oír, tardo para hablar, tardo para la ira; pues la ira del varón no obra la justicia de Dios» (Stgo 1,19–20).

59. Contra el pensamiento que llena la mente de ira y pretende ver a su alma en la sabiduría de Dios.

«La sabiduría de arriba es, primero, pura; luego, pacífica, clemente, dócil, henchida de misericordia y buenos frutos, no juzgadora, ni hipócrita. Y el fruto de la justicia se siembra en la paz para los que hacen la paz» (Stgo 3,17–18).

60. Contra el pensamiento que, impulsado a la calumnia contra el hermano, desprecia al Dador

de la Ley —pues no habría sido justo al establecer la Ley que dice: «No calumniarás a tu hermano»²⁷⁵—.

«Hermanos, no murmuréis unos de otros. El que murmura del hombre o juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley; y, si juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez. Uno es el legislador y juez que puede salvar y perder» (Stgo 4,11–12).

De la Primera Carta de Pedro

61. Contra la mente que quiere devolver mal por mal y ofensa por ofensa, y no busca neutralizar con bendiciones los pensamientos ofensivos y calumniosos.

«No devolviendo mal por mal o ultraje por ultraje sino, al contrario, bendiciendo; pues a esto habéis sido llamados, para que heredéis bendición» (1Pe 3,9).

De la Primera Carta de Juan

62. Contra la mente que dice tener en sí el temor de Dios pero odia a su hermano.

«El que dice estar en la luz y odia a su hermano, está todavía en las tinieblas» (1Jn 2,9).

63. Contra los pensamientos generados por el odio que hacen a la mente homicida del hermano.

«Todo el que odia a su hermano es homicida, y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en sí» (1Jn 3,15).

64. Contra la mente que proclama amar a Dios, pero después desmiente ese primer amor con el odio contra el hermano.

«Si alguno dijere: “amo a Dios”, y odia a su hermano, es mentiroso; porque el que no ama a su hermano, a quien está viendo, no puede amar a Dios, a quien no ha visto» (1Jn 4,20).

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, Dios nuestro, que nos ha concedido la victoria sobre los pensamientos del demonio de la ira!

DISCURSO VI: CONTRA LOS PENSAMIENTOS DEL DEMONIO DE LA ACEDIA

Del Génesis

1. Contra el pensamiento del demonio de la acedia, que odia el trabajo manual en el oficio que conoce y quiere aprender un nuevo oficio, más ventajoso para él y menos pesado.

«Con el sudor de tu rostro comerás tu pan hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste tomado; porque tierra eres y a la tierra volverás» (Gén 3,19).

Del Éxodo

2. Contra el pensamiento que, impulsado por la acedia, acusa al abad de no consolar a los hermanos, de ser duro con ellos y de no tener compasión de ellos en sus tribulaciones.

«A los dioses no maldecirás y de los jefes de tu pueblo no hablarás maliciosamente» (Éx 22,27).

De los Números

3. Para el alma que sucumbe al pensamiento de la acedia y cree que sin perseverancia podrá saciarse de los frutos del conocimiento de la verdad.

«Tened paciencia y recoged frutos de la tierra» (Núm 13,20).

Del Deuteronomio

4. Contra la mente que por los pensamientos de la acedia se vuelve nuevamente al mundo y anhela las cosas que provienen de él.

«Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza» (Dt 6,4–5).

5. Contra el pensamiento de la acedia que nos aparta de la lectura y del estudio y nos aleja de las enseñanzas espirituales, diciéndonos: «Cierta anciano santo conocía sólo doce salmos y era agradable a Dios».

«Estas palabras que te prescribo hoy estarán en tu corazón y en tu espíritu, y se las enseñarás a tus hijos hablando sobre ellas cuando estés sentado en casa, cuando vayas por un camino, cuando estés acostado y estés levantado» (Dt 6,6–7).

6. Para el alma que acoge pensamientos de acedia cuando una pequeña enfermedad golpea el cuerpo.

«Eliminaré el Señor de ti toda debilidad, y todas las enfermedades malas de Egipto que has visto y que has conocido, no las pondrá sobre ti, pero las pondrá sobre todos los que te odian» (Dt 7,15).

7. Contra el pensamiento que por acedia busca a los familiares y parientes y piensa: «El

demonio de la acedia es muy poderoso y yo no estoy en condiciones de soportar el asalto de los pensamientos que suscita contra mí».

«Que te entregue el Señor, tu Dios, tus enemigos, los que se te han enfrentado, quebrantados ante ti; por un camino saldrán contra ti y por siete caminos huirán de ti» (Dt 28,7).

De Josué, Hijo de Nun

8. Contra el pensamiento de la acedia que huye de la lectura y la meditación de las palabras espirituales y nos aconseja que convencemos al Señor de que nos enseñe las Escrituras por medio de su Espíritu.

«No se apartará de tu boca el libro de esta ley; y meditarás en él día y noche, para que sepas hacer todo lo escrito en ella; entonces te encaminarás bien, caminarás bien tus caminos y acertarás» (Jos 1,8).

De los Jueces

9. Para el alma que en el tiempo de la acedia reflexiona y dice: «¿Por qué permite el Señor que sea tentado así por los demonios, que unas veces despiertan nuestra ira contra los hermanos que están cerca, y otras nos lanzan a la tristeza y nos fuerzan a estar airados incluso con los hermanos que están lejos?» —ésta es una estrategia de los pensamientos de la acedia—.

«Airóse con furor el Señor con Israel, y dijo: “Puesto que esta gente ha abandonado mi alianza, que mandé a sus padres, y no ha escuchado mi voz, tampoco yo proseguiré quitando de su faz algunas de las gentes que Josué, hijo de Nun, dejó en la tierra”. Y las dejó para probar con ellas si Israel guardare el camino del Señor y anduviere en él al modo que lo guardaron sus padres, o no. Y dejó el Señor estas gentes, sin quitarlas en breve, y no las entregó en mano de Josué. Y éstas son las gentes que el Señor dejó para probar con ellas a Israel, a todos los que no conocían las guerras de Canaán, sólo por las generaciones de hijos de Israel, para enseñarles la guerra (sólo porque sus antepasados no las conocieron)» (Jue 2,20–3,2).

De David

10. Para el alma endurecida que no quiere derramar lágrimas de noche a causa de los pensamientos de acedia. Derramar lágrimas es un gran remedio para las visiones nocturnas que provienen de la acedia. También el profeta David aplica sabiamente este remedio a sus males cuando dice:

«Fatigado estoy en mi gemido, bañaré cada noche mi lecho, en mis lágrimas mi estrado regaré» (Sal 6,7).

11. Al Señor, por los pensamientos de acedia que permanecen en mí.

«Ve mi humillación y mi trabajo; y perdona todos mis pecados» (Sal 24[25],18).

12. Contra los pensamientos de acedia que destruyen mi esperanza.

«Confío ver los bienes del Señor en tierra de vivientes» (Sal 26[27],13).

13. Contra el pensamiento de la murmuración proveniente de la acedia, que incluso llega a callar la proclamación de la alabanza.

«Bendeciré al Señor en todo tiempo; su loor está siempre en mi boca» (Sal 33[34],2).

14. Para el alma que debido a la acedia se llena de pensamientos que destruyen su esperanza y le hacen ver que la vida monástica es muy dura y que difícilmente la soporta un hombre.

«Espera en el Señor y haz bondad, habita la tierra y te apacentarás en sus riquezas» (Sal 36[37],3).

15. Para el alma triste y consumida por la acedia que busca otros lugares para vivir.

«Aguarda al Señor y observa su camino, y te exaltará para que heredes la tierra» (Sal 36[37],34).

16. Contra el intelecto que no sabe que cuando los pensamientos de la acedia habitan en él, éstos turban su condición y, durante la oración, apagan a sus ojos la santa luz —yo y el siervo de Dios Ammonio queríamos saber dónde se encuentra esta luz, y le preguntamos al santo Juan, vidente de la Tebaida²⁷⁶, si la naturaleza del intelecto es luminosa y la luz fluye de él, o si más bien hay algo que resplandece y lo ilumina desde fuera; él nos respondió diciendo: «El hombre no está en capacidad de explicarlo y, además, sin la gracia del Señor el intelecto no puede ser iluminado en la oración si no ha sido antes liberado de los muchos y crueles enemigos que obran para su perdición»—.

«Mi corazón está conturbado, me ha abandonado mi fuerza y la luz de mis ojos no está conmigo» (Sal 37[38],11).

17. Para el alma que quiere saber si realmente es arrojada a las tentaciones por los demonios cuando por breve tiempo la abandonan los santos ángeles.

«Mis amigos y parientes se han acercado y detenido frente a mí, los más allegados a mí se han quedado a lo lejos; me han violentado los que buscaban mi alma, y los que buscaban el mal para mí han hablado vanidades y meditado maquinaciones todo el día» (Sal 37[38],12–13).

18. Contra el pensamiento de la acedia que destruye la esperanza con la que perseveramos, como si ella con su empuje no fuese capaz de convencer al Señor de apiadarse de nosotros.

«Aguardando aguardé al Señor, y me atendió; y escuchó mi súplica» (Sal 39[40],2).

19. Para el alma que en el tiempo de la lucha contra la acedia cree que las lágrimas son completamente inútiles y no recuerda que David hizo precisamente eso, cuando dice:

«Han sido mis lágrimas pan día y noche, al decirseme cada día: “¿Dónde está tu Dios?”» (Sal 41[42],4).

20. Para el alma caída a causa de la acedia y [por ello] llena de pensamientos de tristeza.

«¿Por qué estás triste, alma mía? ¿Por qué me conturbas? Espera en Dios que le he de confesar; salud de mi rostro, mi Dios» (Sal 41[42],6).

21. Al Señor, cuando el demonio de la acedia combate todo el día contra mí.

«Apiádate de mí, Dios, porque me ha conculcado el hombre; todo el día, guerreando, me ha atribulado» (Sal 55[56],2).

22. Al Señor, por haber alejado de mí los pensamientos de la ira y de la concupiscencia.

«Hemos pasado por fuego y agua, y nos has sacado a refrigerio» (Sal 65[66],12).

23. Al Señor, a causa de los pensamientos de la acedia que nos asaltan justo cuando uno de nuestros hermanos o parientes ha sido exaltado y ha alcanzado un puesto de prestigio y de poder.

«Para mí, empero, es bueno estar junto al Señor» (Sal 72[73],28).

24. Contra el pensamiento que en el tiempo de la acedia nos empuja a buscar a los hermanos para que nos consuelen.

«Se negó a consolarse mi alma. Me acordé de Dios y me alegré; hablé y se apocó mi espíritu» (Sal 76[77],3–4).

25. Contra el pensamiento de la acedia que nos predice largos años de amarga vida.

«El hombre, así como heno sus días; así como flor del campo, así se desflorará» (Sal 102[103],15).

26. Contra el pensamiento de la acedia que nos empuja a buscar otra celda para vivir, porque la que se tiene está fea y llena de humedad y provoca todo tipo de enfermedad.

«Aquí moraré, porque la he escogido» (Sal 131[132],14).

27. Al Señor, debido a los pensamientos que atormentan y aterrorizan mi mente.

«Ha perseguido el enemigo a mi alma; ha humillado hasta la tierra mi vida; me ha colocado en tenebrosidades, como a muertos hace siglos; y se angustió, sobre mí, mi espíritu; en mí se turbó mi corazón» (Sal 142[143],3–4).

De los Proverbios de Salomón

28. Contra el pensamiento de la acedia que hace que abandone el trabajo manual y, en el sopor, apoye el cuerpo en la pared.

«¿Hasta cuándo, perezoso, reposas? ¿Y cuándo del sueño despertarás? Un poco ciertamente duermes, otro poco estás sentado, brevemente dormitas, y otro poco cruzarás las manos sobre el pecho; luego te sobreviene, como mal caminante, la pobreza, y la indigencia, como buen corredor» (Prov 6,9–11).

29. Contra el pensamiento que rechaza los esfuerzos y la práctica de los mandamientos.

«Mejor el que comienza a ayudar de corazón, que el que promete y despierta esperanzas» (Prov 13,12).

30. Contra el pensamiento de la acedia que critica a los hermanos que no tienen amor y no quieren consolar a los enfermos y a los afligidos.

«Ocasiones busca el varón que quiere separarse de sus amigos; en todo tiempo reprobable será» (Prov 18,1).

De Job

31. Para el alma que se entristece a causa del pensamiento de la acedia.

«No deseches la admonición del Omnipotente. Pues Él hace sufrir, y, a su vez, restituye; hirió y sus manos sanaron» (Job 5,17–18).

32. Contra el pensamiento de la acedia que nos pronostica una larga vejez, una amarga pobreza sin consuelo, y enfermedades capaces de matar el cuerpo.

«Pregunta a la primera generación; investiga en el linaje de los padres. Que de ayer somos, y no lo sabemos; porque una sombra es nuestra vida sobre la tierra» (Job 8,8–9).

33. Contra el pensamiento de la acedia que nos hace ver otros lugares y nos aconseja construirnos allí una celda, pues allí encontraremos sin fatiga lo que necesitamos, reposo y el consuelo de los hermanos que nos visitarán.

«¿No es poco el tiempo de mi vida? Déjame reposar un poco, antes de partir de donde no he de volver: a tierra tenebrosa y caliginosa, a tierra de tinieblas sempiternas, donde no hay claridad ni se ve vida de mortales» (Job 10,20–22).

34. Para el alma que por acedia piensa que nadie ve sus dolores.

«No digas que nadie ve al varón; su custodia está en el Señor» (Job 34,9).

De Miqueas

35. Contra los pensamientos que consideran felices a los que viven en el mundo.

«Todos los pueblos irán cada cual por su camino, y nosotros iremos en nombre del Señor, Dios nuestro, por el siglo y más allá» (Miq 4,5).

36. Para el alma que debido a la enfermedad del cuerpo acoge pensamientos de acedia.

«La ira del Señor toleraré, pues he pecado contra Él, hasta que Él justifique mi causa. Y hará mi juicio, y me sacará a la luz; veré su justicia» (Miq 7,9).

De Isaías

37. Para el alma sobre la cual ha caído el peso de la acedia y grita a causa de la miseria de los pensamientos de la acedia.

«He aquí que se avergonzarán y ruborizarán todos tus adversarios; serán cual si no fueran; y perecerán todos tus contrarios» (Is 41,11).

De Jeremías

38. Para el alma que, como permanecen en ella algunos pensamientos de negligencia y acedia, se enferma, se debilita y se extenua en su amargura —su fuerza ha sido devorada por un gran abatimiento, está a punto de abandonar su esperanza debido a la violencia de este demonio, ha perdido el control, se comporta como un niño, con lágrimas angustiadas y gemidos, y no hay nada que la alivie—.

«Así dijo el Señor: “Deje tu voz el lloro, y tus ojos, tus lágrimas; que hay galardón para tus obras, y volverán tus hijos de tierra de enemigos; cosa estable [habrá de nuevo] para tus hijos”» (Jer 38,16–17).

39. Al Señor, a causa de los pensamientos de acedia que hacen vacilar nuestra perseverancia y nos incitan a que nos distraigamos un poco y visitemos nuestra casa y parientes por largo tiempo.

«Nuestros pecados se han alzado contra nosotros; Señor, obra por tu nombre; que son muchos nuestros pecados ante Ti, contra Ti hemos pecado. Eres la expectación de Israel, Señor, que salvas en tiempo de males» (Jer 14,7–8).

De las Lamentaciones

40. Contra los pensamientos que nos hacen ver las muchas necesidades y las grandes fatigas de la disciplina monástica.

«Bueno es el Señor con los que esperan en Él; bueno con el alma que le buscare, esperare y sosegare en la salvación del Señor» (Lam 3,25–26).

41. Contra el pensamiento que dice: «También se puede obtener pureza e integridad sin la vida monástica».

«Bueno para el varón cuando llevare yugo desde su adolescencia; se sentará solitario y callará, pues [el Señor] se lo impuso. Dará la mejilla al que le hiriere, saciado será de oprobios, porque no por siempre estará lejos el Señor» (Lam 3,27–31).

De Daniel

42. Al Señor, a causa del pensamiento de acedia que se fortalece contra mí.

«No quites tu misericordia de nosotros, por Abrahán, tu amado; por Isaac, tu siervo; por Israel, tu santo» (Dan 3,35).

Del Evangelio de Mateo

43. Contra el pensamiento que nos sugiere visitar a nuestro padre carnal.

«Jesús dícele: Sígueme, y deja a los muertos enterrar a sus muertos» (Mt 8,22).

44. Para el alma que a causa de la acedia cae y vuelve a buscar a los parientes según la carne.

«Todo aquel que ha dejado casas y hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos o campos por mi nombre, el múltiplo recibirá y la vida eterna heredará» (Mt 19,29).

Del Evangelio de Lucas

45. Para el alma que no se convence de que Cristo llama odio al amor por los parientes, hablando así a los que se encuentran entre deseos pasionales y aman el mundo.

«Si alguno viene a mí, y no odia a su padre, y la madre, y la mujer, y los hijos, y los hermanos y las hermanas, y aún también su alma, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,26).

De los Hechos

46. Contra los pensamientos de acedia provocados por nuestros parientes que nos dicen que no hemos dejado el mundo y abrazado la vida monástica por el Señor, sino porque nuestros pecados y nuestra debilidad nos impiden enfrentar virilmente las obligaciones del mundo.

«Hay que someterse a Dios más que a los hombres» (Hch 5,29).

De la Carta a los Romanos

47. Contra los pensamientos de acedia que nos asaltan a causa de las tribulaciones.

«Regocijaos con la esperanza, sed pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración» (Rom 12,12).

De la Primera Carta a los Corintios

48. Contra los pensamientos que a causa de la acedia murmuran atrevidamente.

«No murmuréis, al modo que algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el exterminador» (1Cor 10,10).

De la Segunda Carta a los Corintios

49. Contra la reflexión que se torna triste a causa de los pensamientos de la acedia y se olvida de las pruebas del Apóstol, que resumiéndolas dice:

«Yo más [ministro de Cristo que ellos]: en trabajos más abundantemente, en prisiones más abundantemente; en golpes desmedidamente; en muertes a menudo. De los judíos he recibido

cinco veces cuarenta, menos uno; tres veces he sido apaleado, una vez lapidado, tres veces he naufragado, una noche y día en el piélago he pasado; viajes a menudo, peligros de ríos, peligros de bandoleros, peligros de linaje, peligros de gentes, peligros en ciudad, peligros en páramo, peligros en mar, peligros en pseudohermanos, trabajo y miseria; en vigiliias a menudo, en hambre y sed, en ayunos a menudo, en frío y desnudez. Fuera de lo demás: la carga cotidiana, la solicitud por todas las Iglesias» (2Cor 11,23–28).

De la Carta a los Efesios

50. Contra los pensamientos de acedia que nos hacen ingratos para con nuestros padres y nuestros hermanos.

«Agradeciendo siempre todo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, al Dios y Padre. Sujetándoos unos a otros en el temor de Cristo» (Ef 5,20–21).

De la Carta a los Filipenses

51. Para el alma que no sabe que sufrir por Cristo es un don del Espíritu.

«A vosotros ha donado, en cuanto a Cristo, no sólo en Él creer, sino también por Él padecer» (Flp 1,29).

De la Carta a los Hebreos

52. Contra los pensamientos provocados por la acedia que empujan al alma a abandonar el camino santo de los perfectos y la [propia] habitación.

«Que de paciencia tenéis necesidad, para que, haciendo la voluntad de Dios, consigáis lo prometido. Pues todavía un poco, tantito, tantito, y el que viene, llegará, y no tardará; y mi justo de fe vivirá, pero si se retrajere, no se complace mi alma en él» (Heb 10,36–38; ver Is 26,20; Hab 2,3–4).

53. Contra el pensamiento que nos incita a visitar la ciudad y [encontrarnos] allí con los parientes y amigos.

«No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la venidera» (Heb 13,14).

54. Para el alma que está abatida a causa de la acedia y la tristeza y piensa en su corazón que ha sido entregada al tormento de los demonios.

«Otros de escarnio y azotes experiencia tomaron, y, a más, de prisiones y custodia: lapidados fueron, aserrados fueron, probados fueron, en matanza de cuchilla murieron, anduvieron en cuero de oveja, en pieles de cabra, necesitados, atribulados, maltratados; de quienes no era digno el mundo; en soledades errabundos, por montes, y cavernas y las grietas de la tierra» (Heb 11,36–38).

55. Contra los pensamientos de acedia que nos indisponen con los santos Padres como [si fuesen] personas sin misericordia que no quieren confortar a los hermanos; por eso, son los mismos pensamientos de amargura para con ellos los que no quieren permanecerles sumisos.

«Obedeced a vuestros prepositos, y someteos; pues ellos velan por vuestras almas, como que cuenta han de dar, para que, con gozo esto hagan, y no gimiendo; pues es inconveniente a vosotros esto» (Heb 13,17).

De la Carta de Santiago

56. Contra el pensamiento del alma que se entristece a causa del espíritu de la acedia que habita en ella y perturba su estabilidad.

«Todo gozo estimad, hermanos míos, cuando en varias tentaciones cayereis; conociendo que la probación de vuestra fe obra paciencia. Y la paciencia hace perfecta la obra, para que seáis perfectos e íntegros, en nada faltos» (Stgo 1,2-4).

57. Contra la mente que es golpeada de muchas maneras por el pensamiento de la acedia: cuando es expulsada por la ira o cuando es llevada de la garganta a otros lugares, con los hermanos o los parientes en el mundo, que muchas veces la han despreciado y humillado.

«Bienaventurado el varón que sobrelleva tentación; porque, después de probado, recibirá la corona de la vida que ha prometido el Señor a los que le aman» (Stgo 1,12).

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que nos ha concedido la victoria sobre los pensamientos del demonio de la acedia!

DISCURSO VII

CONTRA LOS PENSAMIENTOS DEL DEMONIO DE LA VANAGLORIA

Del Génesis

1. Contra el pensamiento proveniente del demonio de la vanagloria, que en el momento equivocado nos aconseja salir al mundo a instruir a los hermanos y hermanas y exhortarlos a la vida monástica.

«¡Salva, salva tu vida!; no mires hacia atrás ni te detengas en todo el territorio; sálvate en la montaña, no vayas a ser atrapado también tú» (Gén 19,17).

De los Números

2. Contra el pensamiento de vanagloria que me suscita envidia por los hermanos que han recibido del Señor el don del conocimiento.

«¿Estás celoso por mí? ¿Y qué daría por que todo el pueblo del Señor fueran profetas cuando el Señor ponga su espíritu sobre ellos?» (Núm 11,29).

3. Para el alma que acoge pensamientos impuros y por vanagloria desea recibir el sacerdocio sin reflexionar en el peligro al que se dirige.

«Tomó Eleazar, hijo de Aarón, el sacerdote, los calentadores de cobre que habían ofrecido los abrasados y se pusieron como cerco del altar del sacrificio, como recuerdo para los hijos de Israel, para que no se acerque ningún extranjero que no sea de la descendencia de Aarón a poner incienso ante el Señor, según lo que dijo el Señor por medio de Moisés» (Núm 17,4–5).

Del Deuteronomio

4. Contra el pensamiento de vanagloria que obra la justicia para [que lo vean] los hombres.

«Con justicia perseguirás lo justo, para que sigáis vivos y para que, cuando entréis, heredéis la tierra que el Señor, tu Dios, te da» (Dt 16,20).

5. Contra el pensamiento de vanagloria que se subyuga al discurso sobre sus obras virtuosas y cae en un abismo de vanagloria²⁷⁷.

«No ararás con becerro y asno a la vez» (Dt 22,10).

Del primer libro de Samuel

6. Contra el siguiente tipo de pensamiento de vanagloria: «Tienes gran reputación entre todos los hermanos».

«Yo, varón humilde y no renombrado» (1Sam 18,23).

Del [segundo] libro de los Reyes

7. Para el alma que a causa de una gloria mundana no quiere abandonar el lugar donde vive, que se ha vuelto inadecuado²⁷⁸.

«Dijeron los hijos de los profetas a Eliseo: “He aquí ahora que el lugar en que nosotros habitamos ante ti es angosto para nosotros; vamos ya hasta el Jordán y tomemos de allí cada varón una viga y hagámonos allí para habitar allí”. Y dijo: “Id”» (2Re 6,1–2).

De David

8. Para el alma que, presa de la vanagloria, les cree a los demonios que le prometen el sacerdocio.

«No hay en su boca verdad; su corazón vano; tumba abierta su garganta, con sus lenguas engañaron» (Sal 5,10).

9. Contra el pensamiento de vanagloria que nos incita a enseñar a los hermanos o a los laicos dejando de lado la salvación de [nuestra] alma.

«También el gorrión se ha hallado su casa, y la tórtola el nido donde pondrá sus polluelos: tus altares, Señor de los ejércitos, rey mío y Dios mío» (Sal 83[84],4).

10. Contra los pensamientos de vanagloria que cansan la mente con reflexiones de todo tipo, unas veces haciéndola administradora de los bienes de Dios, otras volviéndola custodio de los hermanos.

«Desviaos de mí, los malvados, y escudriñaré los mandamientos de mi Dios» (Sal 118[119],115).

11. Contra el pensamiento de vanagloria que presuntuosamente me aconseja que me aleje de la fraternidad y me aisle de los hermanos, con el propósito de llevarme a engaño.

«Ocultaron los soberbios una trampa para mí; y cuerdas tendieron: trampas para mis pies; a par de senda, tropiezo me pusieron» (Sal 139[140],6).

De los Proverbios de Salomón

12. Contra el pensamiento de la vanagloria que lleva a hablar mucho y sobre cosas superfluas —esto ocurre tarde o temprano a los monjes que viven en clausura y que, a causa de la vanagloria, se meten en los asuntos del mundo y reciben con gusto a hombres que luchan entre sí en su presencia—.

«De mucho hablar no escaparás a la culpa; y refrenando los labios juicioso serás» (Prov 10,19).

13. Contra el pensamiento que nos aconseja ponernos a la cabeza de los hermanos y guiar las almas en el conocimiento de Cristo, antes de [haber alcanzado] nuestra estabilidad.

«Hay camino que parece, ante los hombres, recto ser, pero sus postrimerías van al fondo del infierno» (Prov 14,12).

14. Contra el pensamiento de vanagloria que nos lleva a abandonar las Escrituras antes de haber recibido su fuerza²⁷⁹.

«Quien rebate una palabra antes de haber oído, insensatez y oprobio tiene» (Prov 18,13).

15. Contra el pensamiento de vanagloria que empuja a los muy jóvenes a vivir en soledad.

«En sus empeños deja ver el jovencillo si recto será su camino» (Prov 20,11).

16. Contra el pensamiento de vanagloria que nos aconseja hacernos garantes de los laicos que nos aman cuando un pesado acreedor los atormenta.

«No te des a fianza del que es deudor, pues, si no tuvieres de dónde pagar, tomarán el estrado bajo tus costillas» (Prov 22,26–27).

17. Para el alma que por vanagloria cuenta cosas de los misterios de la vida monástica a gente del mundo.

«A orejas de insensato nada digas; no sea que se mofe de tus sabias palabras» (Prov 23,9).

18. Contra los pensamientos que nos empujan a salir al mundo para edificar a los que nos miren²⁸⁰.

«Las palabras del seductor son blandas, y hieren hasta los arcanos de las entrañas» (Prov 26,22).

19. Contra el demonio que, luego de habernos enviado múltiples tentaciones abiertamente, vuelve para persuadirnos de que nos rindamos a él —esto lo consigue, como nos enseñó el santo profeta Juan²⁸¹, mediante la vanagloria—, nos conviene responder usando las palabras con que le rebatía aquel bienaventurado:

«Con los labios a todo asiente el despreciable enemigo, pero en el corazón trama ardides. Si te rogare el enemigo con gran voz, no le creas; pues siete maldades hay en su alma» (Prov 26,24–25).

20. Contra los pensamientos que nos exigen que hablemos de nuestras brillantes conductas para [así recibir] una gloria pasajera.

«Encómete el vecino, y no tu boca; otro, y no tus labios» (Prov 27,2).

Del Eclesiastés

21. Contra el pensamiento de vanagloria que nos obliga a hablar cuando no conviene, y cuando sí conviene, nos aconseja callar.

«Hay tiempo de callar, y tiempo de hablar» (Ecle 3,7).

De Job

22. Para el alma que no está convencida de que Satanás también conoce a los que sirven al Señor.

«Respondió el diablo, y dijo delante del Señor: “¿Acaso de balde Job teme al Señor? ¿No lo has vallado Tú a él, a su casa, y todo lo que está en su contorno? ¿Y has bendecido las obras de sus manos y has hecho numeroso su ganado sobre la tierra?”» (Job 1,9–10).

De Isaías

23. Contra el demonio que nos aconseja y dice: «Os haré famosos en todo lugar ante todos los hombres», y se presenta como quien viene a ayudarnos.

«¡No [será] así! Sino que enviará el Señor de los ejércitos deshonra contra tu honra; y contra tu gloria fuego ardiente arderá» (Is 10,16).

24. Para el alma que ama la gloria [que viene] de los hombres más que el conocimiento de Cristo.

«Toda carne, heno, y toda gloria de hombre, como flor de heno. Se ha secado el heno y caído la flor; pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre» (Is 40,6–8).

De Jeremías

25. Al Señor, debido a los pensamientos vanos²⁸² que permanecen en nosotros y hacen que la pobre mente sucumba a los demonios de la ira, la tristeza y el orgullo.

«Sáname, Señor, y sanaré; sálvame y salvaré; que gloriación mía tú eres» (Jer 17,14).

De las Lamentaciones de Jeremías

26. Contra el demonio que de noche, en sueños, me hace pastor del rebaño, y de día me explica el sueño diciéndome: «Serás sacerdote y, muy pronto, mucha gente te buscará y te seguirá».

«Mataron mi vida en un hoyo; y pusieron piedras sobre mí» (Lam 3,53).

De Daniel

27. Contra el demonio que ataca la mente y dice: «Mira que pronto seréis arrebatados al cielo» —fue justamente eso lo que pensaron algunos de los hermanos, y cayeron en una dura tempestad y naufragaron²⁸³—.

«Has mentido contra tu vida; un ángel del Señor partirá tu alma hoy» (Susana 55 [Dan 13,55]).

28. Contra el demonio que sugiere en nuestro corazón la promesa de hacernos famosos por nuestra sabiduría ante reyes y gobernantes.

«El ángel del Señor está ahí teniendo la espada, para partirme por la mitad y exterminarte» (Susana 59 [Dan 13,59]).

Del Evangelio de Mateo

29. Contra el pensamiento de vanagloria que en vez de cumplir los mandamientos del Señor quiere enseñarlos a los hermanos.

«Pero, el que hiciere y enseñare, ése grande será llamado en el reino de los cielos» (Mt 5,19).

30. Contra el pensamiento de vanagloria que nos hace observar fielmente toda justicia, pero vuelve tortuosa la mente.

«Guardaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; pues, de lo contrario, no tendréis galardón delante de vuestro Padre de los cielos» (Mt 6,1).

31. Contra el pensamiento de vanagloria que se nos manifiesta en el estado de oración pura e imprime en el intelecto la forma que quiere, justo cuando éste está privado de representaciones e imágenes, dándole así la impresión de que está en oración en presencia de la divinidad²⁸⁴ — así le sucede a la mente afectada por la pasión de la vanagloria que, durante la oración, es conducida por ese demonio a un lugar donde la puedan ver los jóvenes y mucha gente; quien pueda entender que entienda—.

«Cuando orareis, no seréis como los hipócritas; porque aman, en las sinagogas y en las esquinas de las calles, de pie, orar, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo, reciben su galardón» (Mt 6,5).

32. Contra los pensamientos de vanagloria que, [llevándonos a asumir] un aspecto triste, buscan que evidenciamos nuestro ayuno, para que así la mente, suelta y liberada de la gula, sea atada y hecha prisionera por el pensamiento de la vanagloria —los demonios impuros vienen disimuladamente a hacer estas cosas para impedir que la mente se libere de los pensamientos y se eleve y alce la mirada al Señor—.

«Cuando ayunareis, no os pongáis como los hipócritas, mustios; pues demudan sus rostros para aparecer a los hombres ayunando. En verdad os digo, reciben su galardón» (Mt 6,16).

33. Contra los pensamientos de vanagloria que obligan al alma a meditar en palabras vanas y se esfuerzan por unir el intelecto a bienes pasajeros; con estas cosas mueven en nosotros el deseo o la ira, y suscitan en el intelecto abominables visiones que destruyen el estado puro que adorna y corona nuestra oración.

«Y dígoos que, de toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta en el día del juicio. Pues por tus palabras serás justificado, y por tus palabras, condenado» (Mt 12,36–37).

Del Evangelio de Lucas

34. Contra los pensamientos que surgen tras la alegría por el hecho de que los espíritus inmundos han huido de nuestras almas.

«En esto no os gocéis: que los espíritus se os sujeten, mas gozaos de que vuestros nombres están escritos en el cielo» (Lc 10,20).

Del Evangelio de Juan

35. Contra el demonio que me dice en mi corazón: «Eres un maestro a causa del don de curación que has recibido».

«Cuando hablare la mentira, de lo propio habla; porque mentiroso es y el padre de ella» (Jn 8,44).

De los Hechos

36. Contra el demonio que nos aconseja adquirir el sacerdocio con dinero.

«Tu plata contigo sea en perdición, porque el don de Dios has pensado por dinero adquirir» (Hch 8,20).

De la Primera Carta a los Corintios

37. Para el alma que es atormentada por la vanagloria y desea aprender la sabiduría de los griegos.

«La sabiduría de este mundo, estulticia ante Dios es» (1Cor 3,19).

De la Segunda Carta a los Corintios

38. Contra el pensamiento de vanagloria que busca gloriarse de la observancia de una buena conducta.

«El que se gloria, en el Señor gloríese; pues no es aprobado el que a sí mismo se recomienda, sino el que el Señor recomienda» (2Cor 10,17–18).

De la Carta a los Gálatas

39. Contra el pensamiento de vanagloria que nos exhorta a convencer a nuestros parientes de que viviendo rectamente la disciplina monástica seremos considerados dignos de la salvación del alma y del conocimiento de la verdad.

«Pues ahora, ¿a hombres persuado o a Dios? ¿O busco a hombres agradar? Si todavía a hombres agradara, de Cristo siervo no sería» (Gál 1,10).

De la Carta a los Hebreos

40. Contra el pensamiento de vanagloria que me aconseja hacer algo para ser honrado con el sacerdocio.

«No se toma alguno el honor, sino el que es llamado por Dios; así como Aarón» (Heb 5,4).

De la Carta de Santiago

41. Contra el pensamiento de la vanagloria que nos exhorta a enseñar sin haber alcanzado la salvación del alma o el conocimiento de la verdad.

«No os hagáis muchos maestros, hermanos míos, pues sabemos que mayor juicio recibiremos. En muchas cosas tropezamos todos; si alguno con la palabra no tropieza, es perfecto varón, capaz de poner freno a todo el cuerpo» (Stgo 3,1–2).

42. Contra los pensamientos de vanagloria que buscan los dones de la curación o del conocimiento del Señor.

«Pedís, y no recibís; por esto: porque malamente pedís, para en vuestras concupiscencias gastarlo» (Stgo 4,3).

De la Primera Carta de Juan

43. Contra los pensamientos de vanagloria que buscan el mundo y presentan su gloria ante sus ojos.

«No améis al mundo ni lo del mundo; si alguno ama al mundo, no está la caridad del Padre en él» (1Jn 2,15).

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que nos ha concedido la victoria sobre los pensamientos del demonio de la vanagloria!

DISCURSO VIII: CONTRA LOS DETESTABLES PENSAMIENTOS DE LA SOBERBIA

Del libro del Génesis

1. Contra el pensamiento de soberbia que me dice que soy el santo del Señor.

«Dijo Dios a la serpiente: “Por haber hecho esto, maldita seas entre todo el ganado y todas las bestias de la tierra; caminarás sobre tu pecho y tu vientre y comerás tierra todos los días de tu vida”» (Gén 3,14).

2. Contra el pensamiento de soberbia que me exalta y me levanta en alto como alguien irreprehensible, que ya no acoge pensamientos impuros.

«Abraham replicó y dijo: “Ahora he comenzado a hablar al Señor, yo que soy tierra y polvo”» (Gén 18,27).

3. Contra el pensamiento blasfemo que reniega de Dios que me nutre y es ingrato con el ángel que me asiste.

«Los bendijo [Jacob] y dijo: “¡Que Dios, en cuya presencia le agradaron mis padres, Abraam e Isaac, el Dios que me ha alimentado desde la juventud hasta este día, el ángel que me libró de todos los males, bendiga a estos niños, y que en medio de ellos sea invocado mi nombre y el nombre de mis padres, Abraam e Isaac, y que se multipliquen a raudales sobre la tierra!”» (Gén 48,15–16).

Del Éxodo 4.

4. Para el alma que quiere saber qué dicen los demonios soberbios cuando nos ven investigar temas espirituales²⁸⁵.

«Que se agraven los trabajos de estos hombres, y se afanen en ellos y no se afanen en palabras vanas» (Éx 5,9).

5. Contra el pensamiento soberbio que rechaza la salvación de Dios, con cuya ayuda hemos vencido a los otros siete demonios, compañeros del demonio de la soberbia.

«Cantemos al Señor, porque ha sido espléndidamente glorificado; caballo y jinete arrojó al mar. Defensor y protector, ha sido para mí la salvación» (Éx 15,1–2).

6. Al Señor, a causa del pensamiento de soberbia que me exalta porque con mi gran fuerza he vencido a los demonios de la tristeza.

«Tu diestra, Señor, está glorificada en el poder; tu mano derecha, Señor, destrozó a los enemigos. Y por la plenitud de tu gloria has quebrantado a los adversarios» (Éx 15,6–7).

7. Contra los pensamientos de soberbia que atormentan tanto al alma que la hacen despreciar a los santos ángeles por no ser capaces de corregirle [cuando se encuentra] en la necesidad del

error —de este modo, mientras piensa estas cosas, es abandonada por ellos y cae de nuevo en manos de los demonios impuros que son los pensamientos de la soberbia—.

«Mira, yo envío a mi ángel ante tu presencia, para que te guarde en el camino, de forma que te conduzca a la tierra que he preparado para ti. Aplicate y escúchale y no le desobedezcas, para que no se retire de ti, pues mi nombre está en él» (Éx 23,20–21).

De libro del Levítico

8. Contra el pensamiento que nos aconseja despreciar a nuestros santos Padres porque no han sufrido más que nosotros en su vida.

«Ante un rostro canoso te levantarás, y honrarás el rostro del anciano; y temerás a tu Dios. Yo soy el Señor Dios vuestro» (Lev 19,32).

9. Contra el pensamiento blasfemo que empuja la mente a la ruina suprema.

«Habla a los hijos de Israel y les dirás: “Un hombre, cualquier hombre, si maldijera a Dios, incurrirá en pecado, y si pronuncia el nombre del Señor, reciba muerte segura; con piedras lo lapide toda la congregación de Israel”» (Lev 24,15–16).

De los Números

10. Al Señor, cuando los pensamientos blasfemos permanecen en nosotros y le quitan libertad de expresión²⁸⁶ a nuestra oración.

«Y ocurrió que durante la marcha del arca dijo Moisés: “Despierta, Señor; que se dispersen tus enemigos, que huyan todos los que te odian”» (Núm 10,35).

11. Para el alma que no conoce la belleza del conocimiento y cede ante el demonio que le aconseja huir del conocimiento de Cristo y de sus mandamientos, disminuyéndolos a sus ojos.

«Josué, el de Nun, y Caleb, el de Jefoné, que estaban entre los que habían explorado la tierra, rasgaron sus ropas. Y hablaron a toda la congregación de los hijos de Israel diciendo: “La tierra que hemos explorado es extraordinariamente buena. Si nos escoge el Señor, nos llevará a esta tierra y nos la dará, una tierra que mana leche y miel. Pero no seáis rebeldes con el Señor”» (Núm 14,6–9).

Del Deuteronomio

12. Contra el pensamiento blasfemo que nos empuja a preguntarnos si Dios está o no con nosotros.

«No tentarás al Señor tu Dios como lo tentasteis en Massá» (Dt 6,16).

13. Para el alma que con soberbia cree haber derrotado con su propia fuerza a los demonios que se levantan contra la práctica de los mandamientos.

«No digas en tu corazón: “El vigor y la fuerza de mi mano me proporcionaron este gran poder”. Y te acordarás del Señor, tu Dios, porque Él te da el vigor» (Dt 8,17–18).

14. Para la mente que cree haber derrotado a sus enemigos, llegado a la meta y recibido en herencia el conocimiento de Cristo por el hecho de ser justa y digna.

«No digas en tu corazón, cuando consuma completamente el Señor, tu Dios, a estas naciones ante ti, lo siguiente: “Por mi rectitud me ha traído el Señor a heredar esta buena tierra”; el Señor exterminará ante ti a estas naciones por su impiedad. Ni por tu rectitud ni por tu piedad de corazón vas a entrar a heredar su tierra, sino por la injusticia de estas naciones: el Señor las exterminará ante tu presencia» (Dt 9,4–5).

15. Contra el demonio que me dice: «Todos los hombres te bendicen y tú eres padre de los sabios».

«Maldito tú en la ciudad y maldito tú en el campo. Malditos tus almacenes y tus provisiones. Malditos los descendientes de tu vientre y los frutos de tu tierra» (Dt 28,16–18).

16. Contra el pensamiento blasfemo que niega nuestra libertad y dice que no pecamos o somos justificados por nuestra voluntad, y que por eso el juicio no será pronunciado de modo justo.

«Mira, hoy he puesto ante ti la vida y la muerte, lo bueno y lo malo» (Dt 30,15).

De Josué

17. Contra los pensamientos del alma que ignora la importancia de no considerar como del Señor a cualquier ángel que aparezca de pronto, sino tan sólo a aquel cuya palabra da alegría y paz plena al alma, incluso si su aspecto es terrible y feo —los demonios con su aspecto no dan una paz así; por el contrario, suscitan gran espanto y miedo en el alma y en el cuerpo, y con su sutil voz provocan confusión y turbación en el corazón²⁸⁷—.

«Aconteció, estando Josué por Jericó, que alzó sus ojos y vio a un hombre parado enfrente de él, y la espada desenvainada en su mano; y, acercándose Josué, díjole: “¿Nuestro eres, o de los contrarios?” Y él díjole: “Yo, príncipe del ejército del Señor, ahora he venido”. Y Josué cayó sobre su faz sobre la tierra, y díjole: “Señor, ¿qué mandas a tu servidor?”» (Jos 5,13–14).

Del primer libro de Samuel

18. Contra el pensamiento orgulloso que rechaza la bondad de Dios.

«Si, pecando, pecare varón contra varón, rogarán por él al Señor; pero si contra el Señor pecare, ¿quién rogará por él?» (1Sam 2,25).

Del primer libro de los Reyes

19. Para el alma que tiene la voluntad y la disponibilidad para ponerse de rodillas, pero se ha cansado de humillar al demonio blasfemo que hace callar nuestras asiduas oraciones.

«Ascendió Acab a comer y beber, pero Elías ascendió sobre el Carmelo y postróse sobre la tierra, y puso su rostro en medio de sus rodillas» (1Re 18,42).

Del segundo libro de los Reyes

20. Para el alma que es aterrorizada por espantosos pensamientos de blasfemia y pierde el vigor de la oración.

«Esto diréis a vuestro señor: “Esto dice el Señor: No temas por las palabras que has oído que blasfemaron los jovencillos del rey de Asiria contra mí. He aquí que yo doy en él un espíritu; y oirá un mensaje y se volverá a su tierra y le derribaré con espada en su tierra”» (2Re 19,6–7).

21. Al Señor, a causa de las palabras del demonio que pronuncia en nosotros vergonzosas blasfemias contra el Señor, que no escribiré para no turbar el cielo y la tierra —este demonio se levanta con ira y dice sin titubeos una gran blasfemia contra Dios y contra sus santos ángeles: los que lo han experimentado saben lo que digo; durante esta tentación es bueno el ayuno, la lectura de las Escrituras, la oración incesante, presentados con lágrimas—.

«Señor, Dios de Israel, sentado sobre los querubines, Tú solo eres el Dios en todas las reyecías de la tierra; Tú hiciste el cielo y la tierra; inclina, Señor, tu oreja y escucha; abre, Señor, tus ojos, y mira y escucha las palabras que Senaquerib ha enviado para improperar al Dios viviente» (2Re 19,15–16).

De Esdras

22. Al Señor, a causa del pensamiento de soberbia que no reconoce que la victoria [proviene] de Dios.

«De Ti, la victoria, y de Ti la sabiduría; y tuya, la gloria, y yo, tu siervo. Bendito Tú que me has dado sabiduría, y a Ti ensalzaré, soberano de los padres» (1Esd 4,59–60²⁸⁸).

De David

23. Al Señor, a causa de los pensamientos blasfemos que permanecen en mí.

«Señor, mi Dios, en Ti he esperado; sálvame de todos los que me persiguen, y líbrame, no sea que arrebaten, como león, a mi alma, no habiendo quién redima ni salve» (Sal 7,2–3).

24. Al Señor, a causa del demonio de la soberbia que se nos acerca y aparece muchas veces bajo la imagen de un ángel de luz, trayendo consigo un gran ejército de demonios.

«No me venga pie de soberbia; y mano de pecadores no me mueva» (Sal 35[36],12).

25. Al Señor, a causa del pensamiento de soberbia que rechaza la ayuda de Dios y atribuye la victoria a sus propias fuerzas.

«En mi arco no esperaré; y mi espada no me salvará. Porque nos has salvado de los que nos atribulaban; y a los que nos odiaban, has confundido» (Sal 43[44],7–8).

26. Contra el demonio que promete interpretarnos las Escrituras, nos tenemos que expresar como lo hacía nuestro bienaventurado padre Macario²⁸⁹:

«Al pecador, empero, dijo Dios: ¿Por qué tú narras mis justicias, y tomas mi testamento en tu boca, tú que has aborrecido enseñanza, y arrojado mis palabras hacia atrás?» (Sal 49[50],16–17).

27. Contra los pensamientos soberbios que rodean nuestra mente y la lanzan a un abismo de ruina.

«¿Hasta cuándo os lanzáis sobre un hombre? Lo matáis todos, cual a pared inclinada y cerca impelida» (Sal 61[62],4).

28. Al Señor, a causa de los pensamientos soberbios que permanecen en nosotros y privan a la mente de la libertad de palabra durante la oración.

«Palabras de inicuos han prevalecido sobre nosotros; pero nuestras impiedades perdonarás» (Sal 64[65],4).

29. Contra los pensamientos de blasfemia que pronuncian cosas indecibles contra Dios.

«No levantéis en alto vuestro cuerno; no habléis contra Dios injusticia» (Sal 74[75],6).

30. Contra el pensamiento de soberbia que me alaba porque he edificado almas [llevándolas] por caminos rectos y [guiándolas] al conocimiento de Dios.

«Si el Señor no edificare la casa, en vano han trabajado los edificadores de ella; si el Señor no guardare la ciudad, en vano han velado los guardas de ella» (Sal 126[127],1).

De los Proverbios de Salomón

31. Contra el pensamiento de soberbia que se burla de los hermanos por considerarlos negligentes en la práctica de los mandamientos.

«El Señor resiste a los soberbios; pero a los humildes da su gracia» (Prov 3,34).

32. Para el alma que busca saber cuál es el alimento de los pérfidos demonios.

«Éstos se alimentan con alimentos de impiedad, y con vino inicuo se embriagan» (Prov 4,17).

33. Contra el pensamiento que me prohíbe visitar a los hermanos porque no son mejores que yo en el conocimiento.

«Andando con sabios, sabio serás; y el que anda con insensatos será reconocido» (Prov 13,20).

34. Contra el pensamiento soberbio que en el tiempo de la tentación dura y persistente me prohíbe pedir ayuda al Señor a través de los hermanos.

«Hermano por hermano ayudado, como ciudad fortificada y excelsa; y se fortalece, como fundamentado reino» (Prov 18,19).

35. Contra el pensamiento soberbio que me tiene por puro e irreprehensible.

«¿Quién se gloriará de tener puro el corazón? o ¿quién osará decir que es limpio de pecados?» (Prov 20,9).

36. Contra el pensamiento soberbio que a la prudencia la llama miedo.

«Venturoso el varón que recela de todo, por la piedad; y el duro de corazón, caerá en males» (Prov 28,14).

Del Eclesiastés

37. Contra los pensamientos soberbios que nos hacen ser orgullosos ante los hermanos por lo que consideramos [ser] nuestro alto linaje.

«Todo ha sido hecho de polvo; y todo vuelve al polvo» (Ecle 3,20).

38. Contra el pensamiento soberbio que me hace mirar los pecados de los hermanos.

«A todas las palabras que hablen los impíos no pongas tu corazón, a fin de que no oigas a tu siervo maldecirte» (Ecle 7,21).

39. Contra el demonio que me dice: «Ya eres un monje perfecto».

«Hay esperanza: pues mejor es el can vivo que el león muerto» (Ecle 9,4).

De Job

40. Contra los demonios que hacen que el perfecto pase de la sana humildad a la soberbia de los enfermos.

«Vosotros sois médicos injustos y curadores pésimos todos» (Job 13,4).

41. Contra los demonios que obligan a la blasfemia contra Dios.

«¿Acaso no habláis delante del Señor, y delante de Él proferís dolo?» (Job 13,7).

42. Contra el pensamiento soberbio que me enumera los pecados de los hermanos.

«Pues, ¿quién será puro de inmundicia? Empero nadie» (Job 14,4).

43. Para el alma que, bajo el dominio de la soberbia, cree que su conducta es aceptada como ofrenda ante Dios.

«¿Qué importa al Señor si tú has sido en tus obras intachable? ¿Qué provecho [gana], porque has allanado tu camino?» (Job 22,3).

De Zacarías

44. Contra el pensamiento del demonio que obliga a hablar de modo impío contra el cielo.

«Increpe el Señor a ti, diablo; e increpe a ti el Señor, el que ha elegido a Jerusalén» (Zac 3,2).

De Isaías

45. Contra el pensamiento soberbio que me engrandece como [si yo fuese] un hombre sabio.

«¡Ay de los prudentes en sí mismos, y a faz de sí, sabidos!» (Is 5,21).

46. Para el alma que no se deja convencer de que nada aleja y atemoriza más a los demonios que el conocimiento de Cristo, que deshace todos sus planes y revela la maldad de sus pensamientos ocultos.

«Será la región de los judíos, para los egipcios, espanto; con que se la nombrare, temerán, por el decreto que ha decretado el Señor sobre ella» (Is 19,17).

De Jeremías

47. Contra los pensamientos soberbios y blasfemos que toman por dioses a los demonios.

«Así les diréis: “Dioses que no han hecho el cielo y la tierra, perezcan de la tierra y de debajo de este cielo”» (Jer 10,11).

48. Al Señor, a causa del pensamiento de soberbia que me ensalza y me dice: «Mira, venciste a tus enemigos».

«Sé, Señor, que no es del hombre su camino, ni el varón irá y dirigirá su andanza» (Jer 10,23).

De las Lamentaciones de Jeremías

49. Para el alma que se entristece por el pensamiento blasfemo.

«No por siempre los rechazará el Señor. Pues quien humilló se apiadará, según la muchedumbre de su misericordia; no de corazón reprobó y humilló a los hijos de varón» (Lam 3,31–33).

49a. Al Señor, a causa de los pensamientos blasfemos que abruman la mente durante la oración²⁹⁰.

«Sombreaste en furor y nos perseguiste; mataste; no perdonaste. Te envolviste en nube, para oración; para cegarme y rechazarme. Nos pusiste en medio de los pueblos; abrieron sobre nosotros su boca todos nuestros enemigos» (Lam 3,43–45).

De Ezequiel

49b. Contra el pensamiento soberbio que se considera a sí mismo Dios.

«¿Acaso diciendo dirás: ‘Dios soy yo’, a faz de los que te matan? y tú eres hombre y no Dios. En muchedumbre de incircuncisos perecerás a manos de extraños; porque yo he hablado», dice el Señor» (Ez 28,9–10).

Del Evangelio de Mateo

49c. Para el alma que desprecia al hermano por descuidado y perezoso, y bajo las cadenas de la soberbia no reflexiona en la magnitud de este pecado.

«¿Qué miras la paja en el ojo de tu hermano, y la viga en tu ojo no adviertes?» (Mt 7,3).

49d. Contra el demonio blasfemo que dice con falsedad que los pensamientos impuros son alimento.

«No lo que entra en la boca, contamina al hombre, sino lo que sale de la boca, esto contamina al hombre» (Mt 15,11).

Del Evangelio de Marcos

49e. Para el alma que es atormentada por los pensamientos de la soberbia y no sabe cómo rechazarlos.

«Este linaje con nada puede salir, sino con oración y ayuno» (Mc 9,29).

50. Para la mente soberbia de quien desea ser el primero entre los hermanos.

«Si alguno quisiere ser primero, será de todos último y de todos servidor» (Mc 9,35).

Del Evangelio de Lucas

51. Contra el pensamiento soberbio que cree haber superado la observancia de los mandamientos de Dios.

«Siervos inútiles somos: lo que debimos hacer, hemos hecho» (Lc 17,10).

52. Contra el pensamiento soberbio que se justifica a sí mismo y no es benévolo con lo que el hermano ha hecho por debilidad.

«Todo el que se exaltare, humillado será, y el que se humillare, exaltado será» (Lc 14,11).

De la Carta a los Romanos

53. Contra el pensamiento soberbio que desprecia al hermano que no come y lo considera como una persona débil que ayuna porque, si comiese, no estaría en condiciones de combatir.

«El que come, al que no come no desprecie» (Rom 14,3).

54. Contra el pensamiento soberbio que juzga al que come como alguien incapaz de poseer su alma.

«El que no come, al que come no juzgue» (Rom 14,3).

De la Primera Carta a los Corintios

55. Contra el pensamiento soberbio que me ensalza porque, luego de haber rezado, no sólo [ya] no soy esclavo del vientre, sino que además he vencido a la ira.

«Por gracia de Dios, soy lo que soy» (1Cor 15,10).

De la Segunda Carta a los Corintios

56. Para el alma que no está convencida de que también Satanás asume el aspecto de ángel verdadero y se hace maestro de falso conocimiento.

«No maravilla que el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz. No es cosa grande, por tanto, si también sus ministros se transfiguran cual ministros de justicia, cuyo fin será según sus obras» (2Cor 11,14–15).

De la Carta a los Gálatas

57. Contra los pensamientos soberbios que menosprecian a los hermanos que se equivocan, a causa de sus errores.

«Hermanos, aunque sorprendido fuere un hombre en alguna caída, vosotros los espirituales, restituid al tal en espíritu de mansedumbre; mirándote a ti mismo, porque no seas también tú tentado» (Gál 6,1).

De la Carta a los Filipenses

58. Contra el pensamiento soberbio que me ensalza como si yo hubiera alcanzado la perfección en la práctica de los mandamientos.

«No que ya haya alcanzado yo o ya me haya perfeccionado; pero en pos corro, por si también prendo en lo que he sido también aprehendido por Cristo Jesús» (Flp 3,12).

De la Primera Carta de Juan

59. Contra el pensamiento soberbio que me enaltece como si no hubiera en mi mente rastro de pecado.

«Si dijéremos que pecado no tenemos, nos engañamos, y la verdad no está en nosotros. Si confesáremos nuestros pecados, fiel es y justo para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia» (1Jn 1,8–9).

De la Carta de Judas

60. Contra los pensamientos del alma que pretenden del Señor la salvación definitiva del alma.

«Al que puede guardaros seguros y ponerlos faz a faz de su gloria, inmaculados en alborozo: a sólo Dios, Salvador nuestro, por Jesucristo Señor nuestro, gloria, magnificencia, imperio y potestad antes de todo el siglo, y ahora y por todos los siglos. Amén» (Jud 24–25).

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, Dios nuestro, que nos ha concedido la victoria sobre los pensamientos del demonio de la soberbia²⁹¹!